

Esta edición PDF del **Papel Literario** se produce con el apoyo de



ESCRIBE LIONEL TRILLING: Desde que los hombres comenzaron a pensar sobre la poesía, han considerado que existe una diferencia entre el poeta y el filósofo, una diferencia en el método, la intención y el resultado. No es mi deseo negar tales diferencias, pero lo cierto es que, ante una diferencia sólidamente establecida,

siempre sentimos la tentación de indagar si es realmente esencial (...) y aunque puedo concebir que diferentes procesos y diferentes facultades mentales han dado lugar a distintos productos, no puedo resistir el impulso de señalar su similitud y fácil asimilación recíproca.

Papel Literario FUNDADO EN 1943 **80 AÑOS**

DOMINGO 18 DE FEBRERO DE 2024

•Dirección Nelson Rivera •Producción PDF Luis Mancipe León •Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez •Correo e. riveranelsonrivera@gmail.com •https://www.elnacional.com/papel-literario/ •Twitter @papeliterario

ENTREVISTA >> ROBERTO ECHAVARREN (URUGUAY, 1944)

“La literatura es otro poder que contrarresta los discursos que tergiversan la verdad”

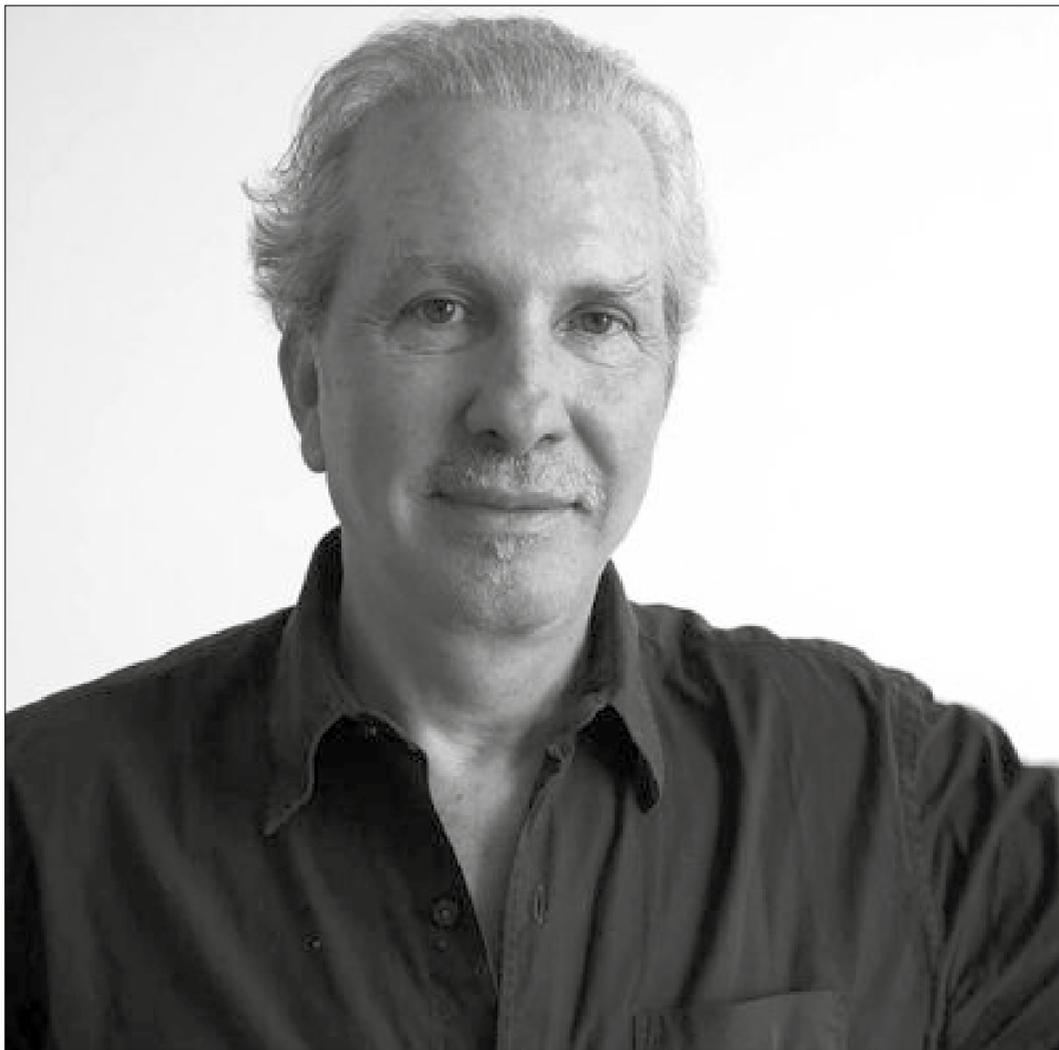
Roberto Echavarrén es poeta, novelista, ensayista, crítico literario, dramaturgo, cineasta, performista y profesor en universidades de Latinoamérica, Europa y Estados Unidos. A ello hay que añadir sus viajes a Rusia y Asia, de los cuales son fruto algunos de sus libros como *Las noches rusas* (2011), editado en 2023 en inglés, *One Against All: Lenin and His Legacy* (2022) y *El pensamiento chino* (2021). Igualmente, cabe destacar la antología *Verde escarabajo* (2023) donde se reúne su poesía publicada entre 2005 y 2023 y *Archipiélago. Tres novelas* (2017)

ALEJANDRO VARDERI

En una tarde de domingo, nos conectamos entre Nueva York y Montevideo vía Zoom, para conversar sobre la obra y recordar su época neoyorkina, que en parte coincidió con la mía.

Monte Ávila publicó en 1981 *La planicie mojada*, tu primer poemario, que se leyó y se te recuerda por ello. ¿Pero cómo llegaste a la editorial? ¿Seguiste luego en contacto con Venezuela?

Estuve en Caracas en varios congresos organizados por el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos. Además existía un ambiente literario muy vital e interesante y el país contaba con la presencia de algunos intelectuales uruguayos como Ángel Rama, que se habían exilado allí. Para entonces Monte Ávila era una editorial excelente donde se publicaba lo mejor de la literatura latinoamericana y mundial en muy buenas traducciones. Presenté este libro y me lo aceptaron. Debo destacar también que Rama editó en Biblioteca Ayacucho la obra completa de Felisberto Hernández, y mi primer libro de crítica literaria, *El espacio de la verdad: práctica del texto en Felisberto Hernández* (1981), fue sobre él.



ROBERTO ECHEVARREN / EDITORIAL PRE-TEXTOS

Después vinieron *Animalaccio* (1985) y *Aura amara* (1989). En una entrevista que hicimos en 1990 acerca de estos poemarios, sostenías que “la fidelidad para seguir recorridos imprevisibles y no certificadamente poéticos” era lo que le daba consistencia a tu poesía. Algo que encuentro también en *Verde escarabajo*, si bien lo político y el tema del viaje pasan a un primer plano.

Adorno decía que en los mejores casos no es que la obra literaria se ocupe de política, sino que de alguna manera la política emigra a la obra. Se trata de que la poesía reinvente la situación política como una tensión dentro del poema. De la antología, *Centralasia* (2005) trabaja con la invasión china del Tíbet y la consecuente destrucción de la cultura tibetana, en una guerra donde un millón de tibetanos han muerto, sin contar a quienes han huido o se han exilado. Es un extenso poema épico, pero tiene también episodios eróticos como la relación entre el protagonista y un domador de caballos. *Verde escarabajo* termina con otro poema político, “La guerra de Ucrania” (2023), aunque en general el tono es más bien intimista, con un referente más personal, sin tantas resonancias históricas y geopolíticas.

También cabe destacar en tu escritura el tema del poder que, como indica Foucault, está en todas partes, porque viene de todas partes, más allá de las instituciones. Está en *Centralasia* en la invasión china del Tíbet, en *Monte nativo* (2015) en el modo de construir las tramas eróticas, en *Veneno de escorpión azul* (2021) en la observación del objeto del deseo como fe-

tiche. ¿Cómo se entrelazan todas estas visiones del poder en tu imaginario poético?

Foucault decía que todo cuerpo tiene un poder hacia el cual estamos reaccionando constantemente para empoderarnos. La literatura es una alternativa al poder. Es otro poder que contrarresta los discursos que tergiversan la verdad. La poesía crea un espacio de resistencias propio donde no debemos rendir cuentas a nadie y nos permite distanciarnos de los discursos predominantes que quieren manipularnos. Busca crear un lenguaje del cuerpo, de nuestra idiosincrasia, y de ese modo nos ayuda a vivir, a respirar en un mundo que a veces se vuelve irrespirable. En *Las noches rusas* busco más bien escuchar el empoderamiento del otro. Es una relación dual, por un lado mi poesía más íntima, y por otro escuchar estas voces que justamente se empoderan y son alternativas al poder.

En cuanto a tu trabajo narrativo, en 1994 publicaste la novela *Ave Roc* donde llevas a la ficción la vida de Jim Morrison, en un momento donde te interesaba el glam rock y la androginia del cuerpo y el vestido, explorados igualmente en tu película *Atlantic Casino* (1990), el estudio *Arte andrógino* (1997) y el poemario *Casino Atlántico* (2004). Ello se recobra en *Archipiélago* (2017), especialmente en la tercera novela, a través de ese alter ego tuyo que es el fotógrafo de Manhattan, la ciudad donde viviste por veinte años y donde nos conocimos cuando llegué a NYU a cursar el doctorado. Un mundo donde el protagonista, como apun-

tas, “no busca gente sino fetiches”.

Esa novela corta es la única ocasión en que abordé mi experiencia como profesor en Nueva York. Por otro lado estaba mi afición por las transformaciones, por otras imágenes, eso que tu llamas fetichismo, es decir, algo así como la capacidad de tentación que puede tener la imagen producida por otro. En la novela busqué unir ambos intereses con un cierto humor, en un homenaje a colegas como John Coleman, quien me introdujo en la universidad y me apoyó siempre.

Sin embargo Nueva York no era tu ciudad, aun cuando mostrabas gran fascinación por ella cuando la recorrimos a través de sus bares, clubs, fiestas y demás eventos nocturnos.

Mi ciudad fue Londres. Y de ahí surgieron experiencias fundamentales para mí como el Gay Liberation Front, del cual formé parte cuando llegué a la ciudad en 1970. Estudié el doctorado en París, pero me fui a Londres a escribir la tesis y empezar a dar clases. Fue una época muy rica intelectualmente, especialmente después del Mayo del 68 cuando llegué por primera vez a París. Venía de un viaje por España, y me lancé a la calle a participar en las manifestaciones, siendo casi víctima de la brutalidad policíaca. Ahora estoy trabajando con los cuadernos escritos durante aquella época, apuntes, reflexiones nunca publicadas y que formarán parte de un futuro libro.

Rodándonos hacia tu interés por las filosofías orientales publicas *El pensamiento chino*, primer volumen de la trilogía que también incluirá *El pensamiento hindú* y *El pensamiento budista*.

Debemos pensar que las culturas occidentales y aún el hinduismo, tienen libros revelados –para no hablar del Islam– donde Dios le habló a alguien, y ese alguien escribió la palabra de Dios. Lo curioso del pensamiento chino es que no hay Dios, y el primer libro fundador de todo es un libro de adivinación, el *I Ching*, que es el punto de partida del mío. Por otra parte, en dos viajes a Indonesia me acerqué más a las formas de vida orientales y por lo tanto me sentí más seguro en lo que estaba trabajando, desde el punto de vista de los textos. El primer libro de la trilogía se refiere a los mil años anteriores a Cristo, que es el período de mayor florecimiento del pensamiento chino, cuando surgieron Confucio, Chuang Tse y Mozi.

Allí hablas también del papel del poder y sobre todo del gobierno que “si es invisible y en rigor ausente, favorece el bienestar de todos”. Algo impensable en China a partir de Mao y la Revolución Cultural.

No hay que olvidar que en la época de Mao había dos grandes enemigos en China. Uno era Antonioni, a quien habían invitado a hacer un documental para la televisión titulado *Chung Kuo, Cina* (1972) que decepcionó pues no aplaudía al régimen, y el otro era Confucio. Entonces Antonioni y Confucio se volvieron prácticamente hermanos en esta condición de enemigos de Mao.

En Venezuela, China lleva tiempo establecida junto a otras autocracias como Cuba y Rusia, lo cual me remite a tus libros sobre este último país, *Lenin and His Legacy* y *Russian Nights* donde encontramos muchas de las preocupaciones y temas de los cuales hemos venido hablando hasta ahora, con relación al poder y a cómo el gobierno manipula y utiliza ese poder.

Ambos forman parte de una trilogía donde se incluye también *The Silver Age and After*, de próxima aparición, que trata sobre los poetas de la edad de plata anterior a Lenin, y que en su mayoría fueron asesinados por el régimen bolchevique. El libro de Lenin se centra en el terror del régimen, poco conocido en toda su extensión. Se habla también de las formas de tenencia de la tierra en el siglo XIX para entender lo que hizo Lenin para destruir la agricultura y provocar la gran hambruna, y de la homosexualidad antes y después del régimen soviético.

¿Cómo llegas a Rusia?

Me interesaba la literatura y conocer de primera mano la opresión dentro de la sociedad. Cuando me retiré de la Universidad de Nueva York yo era más libre y me largué a esa aventura. Estudié ruso, me documenté muchísimo, y cuando llegué allí estaba muy preparado. El resultado fue muy bueno porque la gente se abrió y pude recabar una gran cantidad de información. Además fue un momento muy afortunado pues, por un lado, había caído la Unión Soviética, y por otro, no se había empezado a profundizar aún el régimen autoritario de Putin. Existía todavía un halo de democracia, que era lo que había tratado de crear Yeltsin pero fracasó. Yo no podría ir ahora porque me arrestarían ipso facto.

(Continúa en la página 2)

ECHEVARREN >> POETA Y NARRADOR

Roberto Echavarrén en el pulso de la contemporaneidad

“La protesta contra la pérdida de significaciones, el vacío de sentido, la ausencia de un pensamiento crítico coherente para organizar el caos moviliza entonces la escritura de la cual Echavarrén es depositario”

ALEJANDRO VARDERI

En la escritura de Roberto Echavarrén la reflexión sobre el lenguaje acontece, tal cual Julio Ortega apuntó a propósito de Lezama Lima, como una sobre-realidad con una figura barroca que conlleva una expansión alegórica y simbólica de los signos, para ocultar y develar a la vez sus significados, y donde lo poético atraviesa la obra, independientemente del género. De hecho, es la “hibridez entre géneros”, como asentó Eduardo Milán en el prólogo de *Aura Amara*, lo que esta escritura privilegia, trayendo además a un primer plano los temas siempre controversiales de la identidad sexual, la coacción de los autoritarismos sobre las libertades individuales y la erosión del humanismo en aras de la alienación colectiva. Su producción poética, novelística, ensayística, cinematográfica y testimonial aborda tales entramados desde la doble mirada del ojo cercenado de Buñuel, permitiéndole generar diversos planos de sentido donde la palabra se inscribe como un tatuaje en la piel de los textos. Pero “esta inscripción no es posible sin herida, sin pérdida”, nos recuerda Sarduy, por eso los contenidos profundizan en el daño, sacudiendo al lector a fin de enfrentarlo con sus propios miedos, inadecuaciones e indefiniciones.

Poética y poéticas

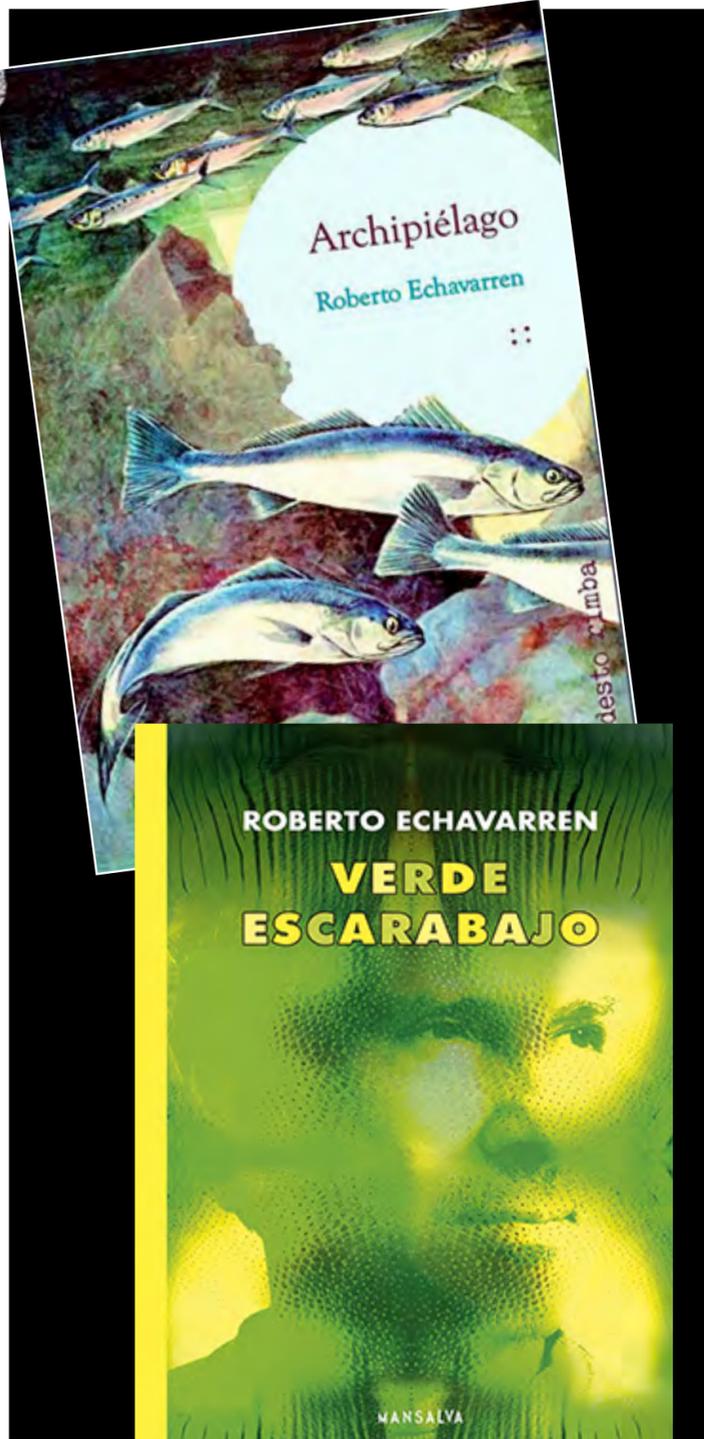
La obra poética de Echavarrén producida en el nuevo milenio y contenida fundamentalmente en el volumen *Verde escarabajo*, espejea las directrices de sus poéticas anteriores, donde el exceso neobarroco caracterizado por la mudabilidad y polidimensionalidad de sentidos permea los textos, incorporando aquí un historicismo doble de inscribirlos en eventos puestos a sacudir un siglo marcado por el terrorismo, la violencia contra las minorías, las migraciones masivas y la polarización política y social. En tal sentido, “Centralasia”, poema de largo aliento con el cual se abre el volumen, traza un recorrido geográfico, político, sensual y religioso del Tíbet ocupado por la dictadura china, desde un yo que cuenta y se cuenta en la cotidianidad del objeto del deseo, con quien comparte viaje por un paisaje donde también la herida, producto del genocidio y la invasión, ha quedado abierta. Aquí la observación se hace sobre un panorama surgiendo y desvaneciéndose a la manera de los fotogramas de un film observado, descrito y poseído, por un lenguaje fraccionado ilumina-

do de significados múltiples. El poema se transforma ahí en un amplio mosaico donde las palabras reflejan la realidad fragmentariamente; “espejos rotos donde el mundo se mira destrozado”, sostiene Octavio Paz, que la mirada como sustancia puesta a juntar las porciones de un vitral une y separa, a fin de remarcar la radicalización del ocupante, tal cual reitera Echavarrén en el prólogo: “Lo que en tiempos pasados era exótico, nuestro mundo global lo acerca. Lo que sucede en Tíbet no es ajeno a la conciencia de otros pueblos en el planeta. La ocupación china ha durado más de medio siglo. Aparentemente un millón de tibetanos (sobre una población de apenas siete millones) ha sucumbido en la lucha o ha sido liquidado por el ocupante forzoso”.

“El monte nativo”, recoge esa radicalidad mediante un lenguaje que desnuda, arrastra, hace crujir y raja el paisaje erotizándolo mediante las descripciones de la flora, la fauna y el mundo marino, enmarcadas por el tumulto urbano de Lisboa. Allí el poeta descubre y se descubre a través de las imágenes asaltándolo en un tranvía, un auto o lo orgánico de una playa donde un barco encallado puede ser también un “Pene erecto, traslúcido, / pico curvo, violáceo, / secándose rápido / al sol que lo enturbia y lo derrumba”. Ello le otorga al texto una densidad que desafía las directrices de una modernidad, donde las intolerancias buscan reducir las certezas sobre lo vivo a meras falsificaciones, buscando someterlo y controlarlo.

La protesta contra la pérdida de significaciones, el vacío de sentido, la ausencia de un pensamiento crítico coherente para organizar el caos moviliza entonces la escritura de la cual Echavarrén es depositario. Una escritura que, como recalca Guillermo Sucre a propósito de Paz, “reproduce la situación de un mundo que ya no es homogéneo, de un tiempo que carece de centro; es decir, de una realidad que se fragmenta y se desintegra”. Algo retomado por “La guerra de Ucrania”, el extenso poema con el cual se cierra esta colección, al interior de un tiempo oscuro, únicamente iluminado por el resplandor del lenguaje poético. Esto, en un país hoy condenado a una doble desintegración que traspone y significa, y hacia la cual las restantes naciones empiezan a hacer oídos sordos, por alinearse con el enemigo o por priorizar sus propios intereses, más allá de la urgencia de mantener el equilibrio global.

“Paso la mano sobre las paredes / Del refugio subterráneo como sobre amigos y amantes / Estoy vivo sin alimento ni lápiz / La tierra hierve de fuego verde / El comandante duro como una roca / Se ha ahogado en un vaso de sangre”, denuncia la voz poética, sobreponiendo y sobreponiéndose a una realidad que la sobrepasa, es decir, a una sobre-realidad donde la guerra, como indicó a Hannah Arendt, es aún el árbitro final. Se pone así en tela de juicio la efectividad de otras formas de arbitrio y negociación que, en el caso de esta esta conflagración, estaban condenadas al fracaso pues, tal cual aclara Echavarrén en el prefacio al poema, según el “Memorandum on Security Assurances” firmado en Budapest en 1994, “Ucrania recibía la garantía de mantener su integridad territorial, con Moscú como uno de los firmantes”, a cambio de eliminar las armas



nucleares de su territorio. Otra farsa, sumándose a las promesas de una autocracia decidida a invadir o destruir a todas aquellas naciones negadas a alinearse con su proyecto de reconstrucción del antiguo bloque soviético.

Narrativa y narrativas

Una parte de su producción narrativa reciente recogida en *Archipiélago* se devuelve a la exploración más personal del cuerpo y el deseo desde la mirada homoerótica, en tres narrativas que se suceden sobre un archipiélago tanto geográfico como literario. “El pintor de Creta”, “El surfista de Bali” y “El fotógrafo de Manhattan” establecen, volviendo a Sarduy, una serie de “conjunciones y disyunciones” con obras anteriores como *Ave Roc* y *Arte andrógino*. En la primera, es la concretización de un estilo de vida “plurívoco, basado en un juego de diferencias”, tal cual leemos en *Arte andrógino*, lo que se logra con las poéticas descripciones, redimiendo la antigüedad clásica al corregir la ausencia de una visión múltiple, aquí magnificada por la precisión de un lenguaje doble de recobrar también los desmanes de la historia sobre la cultura cretense. En la pequeña historia del pintor se imbrica la de la is-

la, vista como “un campo de ruinas” tras siglos de invasiones, de las cuales la escritura recupera al Sacerdote de los Lirios aún discernible entre los restos del palacio de Knossos; “un adolescente de cabello largo, gorro de plumas, cintura increíblemente estrecha” cuya imagen hechiza al protagonista, y lo lleva a buscarla en sus conquistas dentro y fuera de la isla.

“El surfista de Bali” incorpora a la mirada andrógina la invasión del cuerpo desde adentro, debido al mal que se enquista y lo ataca, si bien el protagonista no se suspende en la victimización, sino que se empina sobre ella para contraatacar desde el goce y la aventura, pues tal cual propone Cioran, “no es la irrupción de un mal definido lo que nos recuerda nuestra fragilidad”. Será justamente de la enfermedad, de donde el surfista extraiga la fuerza para planear sobre su debilidad, como si fueran las olas llamándolo en el bramido de los mares visitados solo o con su pareja, fragilizada también al ser víctima de los odios contemporáneos. La visión de un joven transexual en el albergue donde se aloja al llegar a Bali, el encuentro con el holandés quien será su marido, el terrorismo yihadista estallando en una discoteca balinesa don-

de había estado dos semanas antes, el racismo de un amigo de su pareja feliz por haberse mudado en Ámsterdam a un barrio en el cual “son todos blancos”, van tejiendo la red de significaciones extendiéndose sobre la obra y anudando el pasado y el presente del autor.

“El fotógrafo de Manhattan” articula desde la autoficción tales espacios temporales, mediante los recuerdos de Echavarrén, los años cuando vivió intensamente la ciudad. La fusión de temas, estilos y modas con proyectos literarios, artísticos y filmicos genera un corpus narrativo, donde Nueva York se observa a través del prisma de jóvenes siempre ambiguos, habitando un “híbrido (que) parecía el centro del mundo”, según la percibe el narrador de *Ave Roc*. Algo que se retoma aquí en la fascinación por la androginia del cuerpo y el vestido de un grupo de rockeros, vueltos improvisados actores para la película *Casino Atlántico*. Esta superposición de sobre-realidades vividas y ficcionalizadas, al ser extraídas de la cronología personal cobran sentido en la ficción como, citando a David Hume, “ideas (que) representan siempre los objetos o las impresiones de las que se derivan y no pueden jamás, sin una ficción, representar otros o ser aplicados a otras”; de ahí que logren coexistir simultáneamente en la temporalidad del autor y del fotógrafo, y generar a su vez una doble mirada sobre la obra y la vida del escritor.

Testimonio y testimonios

Pero será en las obras sobre Rusia donde esa doble mirada se globalice mediante el testimonio y los testimonios compilados. De entre ellas, *Russian Nights* ofrece un poderoso relato de la vida bajo el control de Lenin y Stalin, extendiéndose el análisis hacia la era post-Perestroika determinada por el gobierno autoritario de Putin. Aquí se traza la transformación de la nación desde el imperio zarista hasta el estado socialista, combinando el contexto histórico con testimonios de primera mano de quienes padecieron represión y tortura, a fin de proporcionar una visión amplia sobre el poder y la sumisión. Todo ello enmarcando las crónicas de voces nunca antes escuchadas, que desvelan una Rusia marcada por los destinos de incontables vidas sacrificadas o arruinadas por el régimen comunista. Sin embargo, citando a Aleksandr Solzhenitsyn, “[habría sido] difícil diseñar un camino fuera del comunismo peor que el que se ha seguido”, a la vista del ominoso giro del país hacia una autocracia militar en el siglo XXI, que ahora amenaza la estabilidad mundial.

Con estos testimonios Roberto Echavarrén lleva a un primer plano las voces hasta entonces silenciadas, iluminando las experiencias de las víctimas, mientras examina uno de los capítulos más traumáticos en la historia rusa, que es parte de un presente más vasto, como indica en su conclusión. Este *continuum* se caracteriza, siguiendo la clasificación de Étienne Balibar, por una división global en “zonas de vida y zonas de muerte”, producto de la violencia extrema. Una división, exacerbada hoy por la polarización, y sin lugar para los pactos y el compromiso. El siglo XXI, desde los ataques terroristas del 11 de septiembre, ha estado marcado por la confrontación y la destrucción, y *Russian Nights* es un léxico recordatorio de que lo peor está aún por llegar. ☉

“La literatura es otro poder que contrarresta los discursos que tergiversan la verdad”

(Viene de la página 1)

¿Cuál fue el proceso para escribir *Russian Nights*?

Entre el 2000 y el 2005 recibí numerosos testimonios sobre la represión durante el régimen de Lenin y Stalin, pues todavía se podía obrar con cierta independencia y libertad dentro

de Rusia. Después Putin cerró todas las ONG y la institución que investigaba los crímenes del estalinismo. El libro está organizado en tres segmentos. La primera parte es la vida cotidiana en el GULAG, las ciudades y el campo, donde se muestran todos los horrores antes de la Segunda Guerra Mundial. Después están los episodios

de la guerra que tiene que ver con la preparación anterior a la misma, y por último la guerra, Leningrado, Stalingrado y las matanzas del Ejército Rojo en una visión polifónica de la contienda que tanto afectó a Rusia.

Y que tiene resonancia con la guerra actual contra Ucrania, lo cual está cambiando enormemente

el panorama geopolítico mundial.

Es una reedición de la Segunda Guerra Mundial en algunos aspectos. Ucrania es uno de los países con la experiencia más desgraciada del siglo XX, pues su intento de independencia a partir de la revolución de febrero de 1917 fracasó, cuando entró dentro de la órbita soviética. Después vino la hambruna decretada por Stalin donde murieron millones de ucranianos y durante la guerra la ocuparon los alemanes, que llevaron gran cantidad de mano de obra esclava a Alemania y mataron a una enorme cantidad de

gente. Después de la guerra quedó en manos de Stalin y hoy se enfrenta a la destrucción una vez más; pero Putin está condenado a ser derrotado pues ha tratado de lograr por las armas lo que no ha podido lograr con una economía mafiosa, que no está a la altura del desarrollo económico europeo.

¿Cuáles son tus proyectos futuros?

El pensamiento budista ya está por editarse. Ahora trabajo en *El pensamiento hindú* y estoy terminando una novela sobre Ucrania, así que nada se detiene. ☉

POESÍA >> DIDO (DIEZ POEMAS DE AMOR), DE SANTOS LÓPEZ

ANA MARÍA HURTADO

Una mujer
Bebe agua
Y medita
Frente a mí
En la otra orilla
Santos López

...Y tengo un gran deseo
de morir y de ver
las riberas del Aqueronte
donde hay flores
cubiertas de fresco rocío
Safo

Adentrarse en los textos del reciente poemario de Santos López, *Dido: diez poemas de amor* (Buenos Aires, 2023) requiere un afinamiento de la escucha y una disposición a acceder a otro tiempo, otro espacio, a un despliegue de cantos que son danza, lamento, invocación, salmodia, a escuchar una voz que surge de la profundidad, o de la lejanía, o tal vez de lo más íntimo y cercano. La voz femenina de los poemas nos interpela, nos hace preguntarnos, asombrarnos, nos abre al misterio: “mi amor no es placer sino asombro”.

La singularidad de lo femenino surge cuando se descubre que algo dentro del cuerpo de la mujer es enigma, el espacio de lo íntimo donde se despliega el misterio y cuya existencia excede a la palabra; desde ese espacio simbólico se formula la antigua pregunta, siempre vigente: ¿qué quiere una mujer? Tal interrogante se sostiene en la fascinación, dada la imposibilidad de la respuesta. Por otro lado, esa condición que se sitúa más allá del lenguaje y da cuenta de su insuficiencia, también determina cierta radicalidad, la tendencia al *sin límite* expresado tanto en el amor, la exigencia o la desdicha. Este carácter singular de la feminidad, trazado desde lo imposible y lo ilimitado, aparece como prominente rasgo en la tragedia de la reina Dido, relatada por Virgilio en el canto IV de la *Eneida*. Desde la antigüedad clásica, oscilando entre mito, leyenda y realidad (otro rasgo de la imaginaria de lo femenino) acude la reina Sidonia a encarnarse en la voz de Santos López. Desde Cartago, la dolorosamente arrasada ciudad del norte de África, donde confluían oriente y occidente, llega la voz de Dido, su mítica fundadora, hasta el alma de este excepcional poeta nacido en los llanos orientales, heredero de voces diversas: indígenas, africanas y europeas. De tal manera la vasija del poeta recibe este delta de voces antiguas, como ocurre en *Los buscadores de agua*: “Extrañamente algunas veces somos herederos de un corazón / que como una vasija, otros han llenado primero”.

Santos, cuyo oficio de poeta-chamán sabe de los descensos al inframundo, de los ascensos a las regiones celestes y el regreso con una cartografía poética que registra estos viajes, estos descubrimientos, y los comparte, tal como el chamán que nos devuelve en signos y colores insólitos las imágenes que observó.

La reina Dido

Nos surgen las primeras preguntas lanzadas a las costas de Cartago: ¿por qué el poeta toma la voz femenina –o es tomado por ella? ¿Y por qué precisamente la voz de Dido? Intentaremos una respuesta oblicua acercándonos a ese arquetipo –forma arcaica del inconsciente colectivo– que personifica en Dido un aspecto crucial de la psique femenina. Lo preceden otros poetas que han tomado la voz femenina: Ovidio, en sus *Cartas de Heroidas*, también hizo hablar a Dido con Eneas. Junto a ella, Ariadna, Penélope, Safo, Fedra, entre otras tantas, expresan por medio de la voz femenina de Ovidio el común acontecimiento del abandono, la pérdida, la soledad. Luego, en la lírica medieval española hallamos las *cantigas de amigo*, las mujeres toman la palabra para decir la queja de amor, la ausencia del amado, o mostrar la alegría del encuentro. Sin embargo, se trata de una poesía de voz femenina, creada por poetas hombres. En estas composiciones el poeta toma para sí la voz femenina, lo que nos induce a pensar que esos hombres, sometidos al poder y a los rígidos cánones sociales de la época, necesitaban dulcificar su vida y acercarse a su propia alma.

Poemas de amor y muerte, a propósito de *Dido*

“Nos surgen las primeras preguntas lanzadas a las costas de Cartago: ¿por qué el poeta toma la voz femenina –o es tomado por ella? ¿Y por qué precisamente la voz de Dido? Intentaremos una respuesta oblicua acercándonos a ese arquetipo –forma arcaica del inconsciente colectivo– que personifica en Dido un aspecto crucial de la psique femenina”



SANTOS LÓPEZ / ©VASCO SZINETAR

Esta última aproximación podría ser válida también para la necesidad de otros poetas de explorar el alma de la mujer. Más próximo tenemos a Rabindranath Tagore, quien perteneciente a una cultura acentuadamente patriarcal, concedió su voz al delicado mundo, casi etéreo, materno y sensual de la mujer hindú; y, aún más cerca, en nuestro medio, Edgar Vidaurre, en *El lamento de Ariadna* (2006), toma la voz de la princesa cretense.

Ya dijimos que la mujer está emparentada con el misterio. Para algunos esconde un secreto, o es el secreto mismo sin saberlo, la poesía es también esencialmente misterio y el poeta sabe que la palabra no alcanza para nombrarlo, que *no es el sitio del resplandor*, parafraseando a Rafael Cadenas. En tanto misterio, la poesía convoca a la iniciación y por ende a un estado receptivo del alma, recordemos que los hierofantes que oficiaban en los misterios mayores de Eleusis, vestían como mujeres para propiciar el advenimiento de la Diosa. Y sabemos que Santos López es un poeta de la iniciación, alguien que se adentra en el misterio y nos convoca, descentrándonos, desde una *dimensión metaliteraria*, como la denominó Juan Liscano en su prólogo a *El libro de la tribu*. ¿Acaso no recordamos al poeta en esta obra de 1992, o en *La Barata* (2013), donde nos descoloca y nos lleva a respirar ese ritmo caníbal y multiforme? Imaginario trastocado por los bordes filosos de las cosas.

En *Canto de luz negra* (2018) la voz del poeta se desplaza por senderos que lo adentran en el terreno oscuro donde se gesta el acontecimiento poético, en ese mismo sitio donde se despliega el atributo místico de lo femenino, agujero negro, materia oscura generadora de cosmos. Oscuridad, luz más allá de la luz, voz más allá de la propia, voz que viene de la otra orilla e invita, como Dido a Eneas. Así estamos ante la aparición del alma del poeta, en el sentido junguiano. Santos López nos hace un guiño, transmutando al pájaro azafrán en lazo de unión del *Canto de luz negra* con la danza de Dido: “El pájaro azafrán no deja huellas / traza un cero / en el aire / y cae dentro”.

Desde allí anuncia las huellas que

el pájaro dejará en el corazón de Dido: “pusieron esta canción en mi boca / ven pájaro azafrán pájaro azafrán”. Reminiscencia del ave azafranada de nuestras latitudes que construye sola el nido...

Creemos que todo poeta escribe desde su lado femenino y “La más honda vivencia del creador es femenina”, dice Rilke. Santos ha estado ocho años gestando esta voz que es la propia voz del ánima trastocada en sujeto enunciativo. Sumado al misterio está el deseo femenino por lo imposible, lo ilimitado, penetrado por la radicalidad y la destemplanza, categorías tan afines a la manifestación del amor, donde entran en disonancia el advenimiento azaroso y la feroz dinámica del fatum, en Dido está la vivencia amorosa insertada en el requerimiento imposible ante el destinatario equivocado, porque Eneas, el amante, no es el dueño de su voluntad, son los dioses los que marcan su destino y en consecuencia el de Dido, abandonándola a la muerte como única salida. En ese arquetipo de la desolación femenina se mueven también otras mujeres de su estirpe, como Medea, Fedra, Safo...

Deseo, amor imposible y destino vividos desde Dido son solo aspectos toscos del misterio que somos y Santos –en su dilatada producción poética– ha estado siempre tan cercano al mundo de lo inexpresable, al límite impuesto por la palabra, aunque él la atraviesa en la búsqueda persistente de decir más allá.

¿Por qué escoge la voz radical del alma transida de Dido? ¿Hay en su delirio amoroso, en su desenlace extremo, la invitación a que el poeta se mueva hacia el precipicio del lenguaje, como diría Lacan, hacia la muerte en tanto lo femenino llevado a sus últimas consecuencias?

Devenir mujer es un imperativo para la humanidad postmoderna, afirmarían Deleuze y Guattari, aceptación y vivencia de lo femenino en ambos sexos, porque no se trata de sexos ni de géneros, sino de lugares del alma y del cuerpo donde impera el misterio, la imposibilidad del decir, el límite ante la desmesura del logos. Desde esta posición femenina, podríamos asumir la disposición poética a escribir desde la

grieta, la fisura, el temblor, lo incierto del puro enigma, vivencia corporal de lo imposible. Ya en *Cantos de luz negra* nos habla Santos de que es otro quien escribe y que él mismo es solo un vehículo de la creación. No solo *yo es otro*, sino también *yo es otra*. Está allí sugerida la antesala a la apropiación de la voz de la alteridad femenina, anticipo de la alteridad radical que sería lo divino, la vertiente místico-espiritual que no es ajena al poeta.

La danza

El poemario *Dido* consta de 10 poemas bellamente dispuestos en dos partes: la primera, llamada *La danza*, da paso a un largo poema que se va desgranando en breves gemidos de dos versos –sístole, diástole– y la respiración dilatada de una página casi vacía. En este punto me adviene la primera epifanía de la feminidad, ese mostrarse desde la ausencia. Eso hace aún más conmovedores los versos de Dido en su lamento, en su plegaria, en su salmodia, dos pasos de danza, un silencio donde queda suspendido el último verso; y, de seguido, voltear la página para que goteen dos versos más..., silencio que puede ser encuentro: “me encuentro contigo en silencio / mi secreto es lo prohibido a solas”. O puede ser espera: “he estado todo el día atenta en el camino / y ahora veo que tú no regresas amor mío”, o desgarradura “regresa regresa corazón mío / mis ojos no pueden llorar más”, o simplemente imposibilidad del decir: “no tiene este amor desconocido / nombre que podamos deletrear”.

En *La danza* el poeta se vale del ritmo binario en clave femenina con extensos espacios de silencio que propician ese ritmo pausado del corazón que se deshoja en sístole y luego lentamente se llena de nuevo en diástole. Y “La danza no es solo el cuerpo moviéndose en sí mismo, sino también los vacíos que se van abriendo”, nos decía la gran Sonia Sanoja.

Dido, entre sus dudas, amar o no amar, luchar o sucumbir, entre vida y muerte, entre “Laeta y misérrima, Capta y deserta”, abandonada de Eneas y de los dioses, la reina es en sí misma una danza que en ese primer poema es anticipo de la tragedia.

La caminata

En la segunda parte de *Dido* el poeta hace un prodigioso despliegue rizomático de voces femeninas polifónicas que se abren a la sinuosidad de las diversas diosas, exteriorizando la voz múltiple del alma de Dido, las diferentes maneras de experimentar la herida de amor. Estas caminatas tienen la forma de primigenias diosas talladas en árboles.

La voz de la reina toma caminos que se bifurcan, los arquetipos femeninos del alma del poeta se van desgranando en cascadas de poemas. La tragedia es cantada-contada desde las múltiples advocaciones femeninas: Venus, Diana, Perséfone, Ariadna. Cada una desde su visión, cuenta la historia de amor y desamor, para concluir con la diosa del inframundo que gana la batalla en la pira última donde los deseos y las dudas, luces y oscuridades de Dido serán devoradas por las llamas. Lo magistral del poeta es que las diosas aparecen sin ser nombradas, solo son reconocidas en su discurso por una escucha atenta.

Escojo algunos ejemplos: en el poema “III” escucho la voz inconfundible de Diana/ Artemisa: “En los bosques de Cartago eres mi dios / Acudes cuando yo te llamo / También eres mi perro”. En el poema “IV” Juno lanza sus alegatos a favor del matrimonio de Dido y Eneas: “Lo mutuo es esto parejo / El matrimonio de lo más alto / La seguridad del amor / Sin atajos”. Y la escalofriante voz de Medea en el poema “VII”: “A pesar de los hijos / Muertos en la premura / Y a pesar del dolor”.

En el poema “VIII” canta Venus cetera con la dicha del cuerpo investido de Eros: “La marea sin orillas / Inflama / El goce en la piel”. Para finalizar con la contundencia del poema “X”, donde Perséfone, la diosa del Inframundo, canta su alegato de Eros y muerte: “En el amor, / La negrura es lo primero que aparece / Una mortaja siempre nos cubre(...) / Mi lujo ahora / Es desnudarme / En esta solitaria cueva...”.

Pudieramos decir que estos diez poemas de amor también lo son de muerte; sin embargo, en la voz de Santos López la muerte tiene raíces en el cielo y como dicen *Los buscadores de agua*: “los árboles son un racimo de huesos que maduran su luz en el misterio”.

POESÍA >> ROJO PRODIGIO (KÁLATHOS EDICIONES, ESPAÑA, 2023)

Poemas de Ophir Alviárez

Agua, jabón y cabalgata

Tengo las rodillas sucias, frente a la zanja el engrudo en las manos revuelca, la idea de ser predecible concibe vocablos. Hace rato que dejamos el umbral, hace rato que pregunto por mi puerta, ¿dónde está, habrá algo que dilate el nivel de exposición? Soy transparente, si ves a través observarás que tengo las rodillas sucias; lo demás es blanco, negro, rojo. El adjetivo si no aviva mata. Ayer fui de shopping, ayer remolqué una carretilla en la que quise montarme, surqué las hileras en busca de flores, la flor ganada como la edelweiss, quién pudiera. Quién cerrara los ojos y abriera las piernas, así, como nada, como nada las piernas, como nada la silla, la carretilla en la que quise montarme, montar es un carro en el que dos se aferran al mismo manubrio, montar es la brisa sin que importe el churco, es ser señuelo y arpón de cuando en cuando, transmutar en tenaza, *nutcracker* y abrazar sabiendo que no es artificio alguna piel. Montar es la vecina que ante la ensalada me ofrece un pepino y me manda a engullirlo, sola. Montar es a lo Pavese el gozo y es también el lujo, morir otro poco es montar, descubrir que lo fácil no vale y valer o volar a veces guardan similitud en cuanto significan: no vales si no vuelas, no vuelas si no vales, si no abres las piernas y montas, si no coges al toro que siempre tendrá cachos y lo azuzas, cual burro, cual vaina de frijol que desvestes para hacer una piscina en la que luego te zambullirás y empapada de granos, la repartición se hará desde la cima, desde las aspas del ventilador en el que giro y soy torrente, cola de caballo, vicio que se degusta desde lo hondo, desde un útero fértil, una vagina que complace, me complace, me desprende y olorosa a tabaco cabalga una oración, otra, una historia, un sueño, aquel augurio, el guayabo y dos o tres polvos que apenas ensuciaron mis rodillas y mis sábanas.

Geotropismo negativo

Los tonos de las voces me desarman, el siempre de un desconocido, el secreto de otro, la mirada de un gato que persigue mis huellas, la calle oscura, los objetos punzantes, los amores antiguos, las letras de un mismo bolero. Un autógrafo, la sonrisa evidente, la evidencia del que se decide, la sensibilidad del músico, el enigma en las líneas de las manos, el abismo del que se sabe adulado; la necesidad de un cable que me conecte a tierra porque es peligroso deambular, reconocer debilidades me vulnera y presa fácil –débil y devíl– me vuelvo migajas, paredes de adobe prontas al aire, a la boca del lechón que sopla, tumba, pasa y se sienta cuando sentir es un verbo tan peligroso como deambular si ya no tienes veinte años y la lengua sigue paladeando cicatrices y memorias porque la saliva sana y esta noche moja mi frente cual agua bendita que nos germina, pero aquí el árbol tiene las raíces expuestas y es indudable que mi geotropismo insiste en ser muy negativo.

Efervescencia

Abro la puerta, el viento pasa y me agasaja. Convertida en el aullido de la perra que me consume, solo sé de la sangre que brota por orificios convenidos y no añade valor alguno a la esclava. Quiero ser amable y soy furia, rozo los límites de lo perverso, hay malicia, molicie, pegoste en mis cutículas. Abro la puerta, el viento es una ola con mil lenguas: papilas ansiosas del sabor de mis rincones.

Blanco móvil acepto el acierto del guijarro, el abismo de otras bocas, la huella que se mira sin el paso. Vestigio de los miedos de ancestro, de las ganas de hoy, oigo burbujas en la entrepierna, pirañas que escupen la carne y la maldicen. Abstinencia del que la padece porque las comparaciones son injustas y he conocido a un hombre que me poseyó no en sueños, una a una reviento las pompas y el viaje no tiene venida porque no hay retorno cuando me parezco a él y gime el reto en la curvatura de la esfera.

Víspera de eclipse

En las noches los gatos se vuelven mapaches y los sueños tienen las patas de palo. Yo bailo en ellos cuando la luna se pone redondota y Leda juega a tirarme piedras. Muy cerca vocecitas repiten lo que no creo ser entonces la caricia entra en la jaula y me roza.



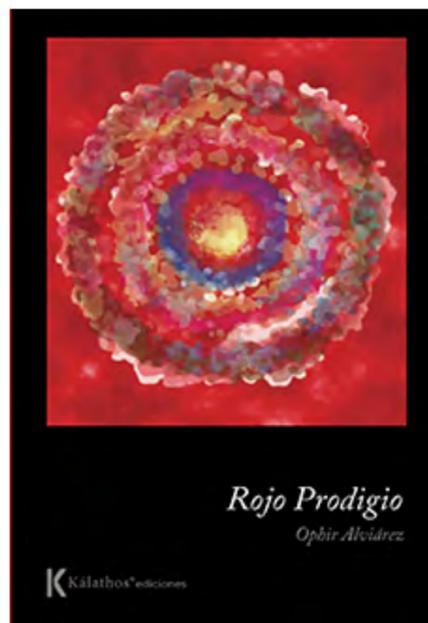
OPHIR ALVIÁREZ / ©CARLOS CALDERÓN

Escucho los acordes, escucho uno y otro y uno más como cuando tenía diez años y el picó era el instrumento del desvelo. No es lo que pasa, repite alguien, es el impacto de esa memoria que anida en mí. Y los deseos, el ego, las neurosis, el plato que escoges es destino. Abrir la boca y los ojos, arrastrar la experiencia en omóplatos, disponerme mi mejor amiga, hilvanar lo hecho, lo deshecho. No usar dedal, están las huellas raídas, tragar en seco, tragar de una, tragar y no correr, proteínas para la piel, bisel de labios, vistazo desde el hombre, lechazo y aquí viene la apuesta.

Quién da más, quién da más, pesimismo y trauma son sinónimos, decir te quiero, vivirlo, otra convulsión.

La luna sí está llena

Dibujo sombras, esta noche la luna lo permite. Los gatos –revueltos– murmuran las ganas, ellos pasean mientras yo deambulo, el escozor rastrilla mis piernas y el cerebro insiste en que estoy somatizando. La tarde se escurrió en una caja; 4.5 pies cúbicos deben contenerme en años como si pudiera encerrarme en el cartón cual bailarina que se arquea en su cuadrado de música. Intento danzar, doy una vuelta, dos, se resbala el sudor y roza el pecho. Sé que el lugar es común, pero me duele el pecho, me duele como cuando tenía ocho años, los huesos empezaban a estirarse, las carnes se redondeaban y las palabras que no se decían iban a dar a una cesta. Los secretos de ayer no eran secretos, los de hoy tampoco lo son. La metamorfosis que empezó aún no ha concluido, el dolor es eso, ahora lo sé. Rehago sombras, esta noche la luna lo permite, me paro de cabeza, doy una vuelta, dos, tres, crezco; la bailarina sube al escenario, tal vez Leda, el patico feo, quizás Giselle, el final es irrelevante, no hay intermedio, la función concluye, aunque la vida apenas se inicia. Cierro la caja y un par de botellas.



Soliloquio exangüe

Pienso en un rebozo como esos que usan las mujeres de la sierra oaxaqueña para cargar a sus hijos, aunque debería diseñarme una armadura, una pechera dorada y fuerte, tal vez un escudo, pero yo no necesito protegerme de la daga, el sable está adentro, la puya sale entre las piernas por eso tejo mi rebozo, ya no debo resguardarme, debo solo arrullar a mis entrañas.

Eppur si muove

Despierto, alguien me mira, siento el recorrido, la cama es escasa, las sábanas sangre, el lugar tiente mientras Sabina se pasea por lo que me empeno en tronchar, aunque de a poco, siga conjurándome. Ayer

me atreví a ir a la cumbre, ayer caminé hasta lo alto y me dejé caer, de espaldas, con las mechas sueltas. Hay una foto del instante, hay una foto de la libertad, entonces reparo y vuelvo a ser la esclava, aquella que quizás ya no engulla el corazón en pinchos, puedo llevarlo en la cartera, en la bolsa de cosméticos entre máscaras y matices de acuerdo con la ocasión, al lado del perfume, del brillo de los labios que también cambian. Difícil los cambios, complejo desvestirse y plantarse en el azogue, de frente; con los años vividos, las experiencias a rastras, las carnes ganadas, las arrugas que se vuelven seductoras según el cristal. Necesito lentes, necesito la claridad de las letras chiquitas, la caligrafía del día: debo aprovechar el momento, debo aprovechar el momento, debo aprovechar el momento, ya lo aproveché, ahora qué. Ahora todo lo que sube baja, ahora todo lo que empieza se termina porque esto también pasará ya lo dijo Galileo, y sin embargo me muevo.

Cuando escupir se vuelve tarea de señoritas

No sé ser *madame*, no sé medir la distancia hasta el chófer, no sé estar tranquila ni me sé sentar, doblo las piernas. Alguna vez un loco me dijo que las separara siempre, así mis nervios no se aprisionaban con el peso, así atrapaba todo. Y a todos. Soy buena gente, dicen, y yo me miro, veo a través, soy transparente. Me refracto en la espalda del que me conduce, me pinto los labios, me saco las cejas, me arrimo a la ventana, veo lo que nadie ve de afuera a adentro. Me veo oruga, mantis, agujero negro en tierra negra, cuerpo blanco, cuerpo, extensión ilimitada, vagido, eclipse de fe, eclipse de rostros; rota, roto, la máscara ya no tiene la sonrisa pintada, la boca hendida, la boca, bésame el lugar común, bésame mucho, estoy descalza, me deslío, la playa no abriga el color de mis certezas. Hincos los pies, el agua sucia, el agua, la señal, cuidado, no sigas, la garrafa se rompió, nadan los dioses. Frota la fruta su simiente, frota, hunde las manos, hunde; el eco te devuelve a lo que fui, el eco me devuelve a lo que di. Di, estoy, ya nada asumo, nada. El tiempo es un gato que copula en mi balcón, el tiempo es la espuma que me hace recuerdos, el tiempo es el aquí y el ahora porque para el mañana ya no tengo tiempo y hace tanto calor que con el paso, pedazos de mí mojan a aquella, disecada. Di-se-ca-da. Ado/ido/so/to/cho/ participios, participo yo como la forma no personal del verbo susceptible a las marcas y un hombre levanta la pata y orina, yo escupo braguetas, no hay gratitud.

Rojo prodigio

Día largo, calle, amigos empeñados en memorias, acechanza del pasado, visos de páginas, eco, arritmias, insomnio. Es tarde, pesan los ojos y los años, pasan los días, pisan y como en ese verso de Lezama, paso es el paso del mulo en el abismo. Ganas, ganas de ganas entonces el miedo y recurrencia. Miro el teléfono, imagino la noche azteca, la escocesa, la oriental, me enrolló en un colchón en el que alguien durmió, ayer. Dónde ayer mientras me hice humo, dónde. Debo seguir y el debo y el tengo son piedras en los zapatos, pican poemas, pico aquí, hondo. Qué hacer con los abismos, dónde una caja de besos, full, dónde yo cuando las manzanas parecen guayabas y los gatos se vuelven mapaches. Regresar con un nombre, regresar con el mismo nombre, abrir la puerta, escuchar las paredes, arrancarse la piel, detenerse en los pedazos; tornar al balcón, develar soldados en las luces, el pre y el post que voy siendo, dónde; dónde y una voz me remite a las orillas, rapada. Sexto piso, octavo piso, terraza, cuarto antiguo en un hotel antiguo, cortinas rojas, puerta roja, el rojo es un color que no aprendí en la escuela; qué pasó con la escuela, con la misión, sumisión, por qué escribo en los márgenes, por qué de atrás y no adelante, por qué los hombros si el yunque y hay flores y vino. La pantalla roja de la lámpara es reflejo, pero qué me hago en la vigilia y los ronquidos, anónima, a dónde voy mientras la cama es luz y es medianoche. Ayer un niño me increpó y una niña que podía ser yo habitaba una botella: a los nueve uno no debería pender de una botella, a los cuarenta uno no debería salir de una botella, pero hay dos manos y caricias, *welcome*. ☺

*Los poemas aquí publicados pertenecen al libro *Rojo prodigio* (Editorial Kálatbos, España, 2023). Su autora, Ophir Alviárez, vive en Houston, Texas.

POESÍA >> PERTENECEN A LA CAJA (DCIR EDICIONES, CARACAS, 2023)

Poemas de Carmen Leonor Ferro

La caja

Mi hermana había pedido que al morir
le pusieran un traje

que había comprado hacía tiempo en un mercado de Venecia
una prenda hecha de retazos zurcidos en seda oscura

lo usaba en ocasiones especiales

cuando empezó a intuir que moriría
pidió el vestido

imaginó con detalles cómo debía ser la escena
de un acontecimiento que sabía inapelable

aquel día en la iglesia
aguardaba la caja

la cubría un camisón azul tierra
de tela almidonada con botones

alguien al parecer
lo eligió sin sospechas

entre la ropa apilada
en el armario

Apenas me atrevo
a entreabrir
el cofre
donde conservaba sus fotos

allí he guardado documentos
el pasaporte italiano
papeles de familia

Coloco la cajita frente a mi cama
camino hacia la puerta
repito un ejercicio de indiferencia voluntaria

la rondo
una mancha indefensa
sugerida en el paisaje del cuarto

retengo el impulso de escarbar

Mi madre no reza
también ha perdido las blasfemias
exhala un vaho incierto
que va y viene

Huye de esa penumbra
pienso
después me las veo con la mía
la cortejo
la ausculto
de reojo

Sale tanto
de esas cuatro tablas
de antiguos tabacos

Llueve en el cementerio

los varones
cargan la caja
en sus espaldas

los árboles resisten
ráfagas de brisa

nosotros
en cambio
nos balanceamos

la humedad nos llega hasta los huesos

un viejo amigo se acerca
con un manuscrito en las manos

la tinta se expande sobre las hojas

su mirada se agita
quizás ha bebido

yo abrazo los papeles
mojados

los paraguas
intentan una escenografía

Hay una grave tarea
en digestión
su reino no es de este mundo
una mano trabaja
noche y día
para aliviarla

Con miedo
aproximo el oído
al foso
de donde sale un hacha

De noche
se transparenta
la luz puede atravesarla
un detalle
que los vivos no advierten

Mira a su alrededor
como si aún perteneciera

Solo podemos encontrarnos en la penumbra
donde estás haciendo
un transbordo
¿cuánto tiempo vas a quedarte allí?
¿me esperarás hasta que amanezca
sin marcharte?
hasta que me fortalezca
y pueda asomarme sin miedo

No es necesario
inventar palabras
siente
su presencia insonora

Ha cambiado el viento
¿lo ves?
se han movido los papeles
sobre el escritorio

No llores
estás en casa

Acércate al foso
abre el cofre
llega al apartamento
separa las puertas del armario
escarba en la ropa
busca en los gabinetes
desordena los papeles amontonados
separa el sofá de la pared
haz a un lado la colcha
mira la luz que se trasluce en los cristales de la ventana
saluda a la ardilla
que te sonrío
desde las ramas

Bastan pocos minutos al principio
después podrás permanecer
más tiempo,
cuando el hábito se haga a tu medida
y finjas entender la premura
no te sorprenderá aquella parte de la historia
que de alguna forma esperabas,
perdonarás a los que pronuncien tu nombre
y acaso la oscuridad
no dañe más tu pupila abierta

Está todo tan sobreentendido
en la hermandad
me despierta
una interrogación tras otra
dudas que nunca expresamos



CARMEN LEONOR FERRO / © LISBETH SALAS

La imagen rescatada

“*La caja*, el nuevo libro de Ferro, me hace recordar la singularidad de los poetas y la tarea que en ocasiones suelen llevar a cabo: no sé si por una suerte de mandato, búsqueda personal, íntima, o una intrincada combinación de ambas, pero el caso es que muchas veces suele ocurrir que le dan voz a la experiencia familiar”

ALEJANDRO SEBASTIANI
VERLEZZA

Varios meses atrás Carmen Leonor Ferro me hizo llegar la versión manuscrita de *La caja*, su poemario que publicó Dcir ediciones el año pasado.

Confieso que lo he repasado varias veces, tratando de dar con el tono más certero para dar cuenta de la emoción que lo rige y ahora mismo puedo decir que se trata del canto que el alma herida hace para elaborar el duelo personal y familiar.

Para comprender mejor este intenso movimiento interior tuve que retroceder a *Precarios*, otro de sus poemarios, donde es posible palpar cómo Ferro resuelve poéticamente la experiencia de la migración.

Ciertamente los poetas migran, pero también saben retornar. Ya Borges en “Para una versión del I King” lo supo precisar: “Quien se aleja de su casa / ya ha vuelto”.

El origen como destino, el fin como inicio, es lo que T.S. Eliot recuerda al inicio de sus *Cuatro cuartetos* y la

poeta, merodea con su experiencia en estas aguas.

En el caso de Ferro el cumplimiento de estas peripecias pasa específicamente por una generación de italianos que llegaron a Venezuela; pero ella misma, a su vez, partió para retornar a la tierra y la lengua de sus orígenes.

La paradoja es interesante, por eso mismo decía que *Precarios* explora la extrañeza del emigrado cuando busca integrarse al “nuevo” paisaje. Es la experiencia del trasplante, pero con el agregado del canto. No es azar que uno de sus libros anteriores se titule *El viaje*.

Ferro, a tientas, se aparta de lo estrictamente personal, la confesión autobiográfica, para abrirle paso a un ámbito muy suyo, y bien sutil, la expresión del mundo femenino en su familia, marcado especialmente por la partida de su hermana; y, en el fondo, como una suerte de susurro, la voz de la madre se asoma.

La caja, el nuevo libro de Ferro, me hace recordar la singularidad de los poetas y la tarea que en ocasiones suelen llevar a cabo: no sé si por una suerte de mandato, búsqueda perso-

nal, íntima, o una intrincada combinación de ambas, pero el caso es que muchas veces suele ocurrir que le dan voz a la experiencia familiar.

En el caso de Ferro, intuyo, su vida como traductora, el ir y venir entre lugares y lenguas, le dan un sentido de la distancia que resulta benéfico.

Yolanda Pantin, por cierto, en un encuentro con sus lectores, llegó a presentarse como la amanuense del legado familiar. “Mi mamá es la poeta”, precisó con una sonrisa.

Traigo este recuerdo para hacer notar que muchas veces las penas y los secretos atraviesan a las generaciones, hasta llegar a la poesía, cuando traspasan lo estrictamente familiar y empiezan a metamorfosearse en la lengua poética y la vida pública.

Es un desplazamiento: voces que dictan, voces que dan forma, conforman.

Se integran así, en un solo gesto, lo familiar y lo personal.

Una experiencia similar ha tenido Ferro.

En *La caja* es posible apreciar el otro lado de la moneda. Vuelvo: la poeta retorna a Italia, el lugar de sus orígenes, pero a la vez publica en Caracas (pero escribiendo “desde allá”) esta nueva colección de poemas que se detiene en vivencias familiares dolorosas, sí, pero expresadas a través de una “poética del espacio”: los cofres, los arma-

rios, las habitaciones permiten explorar múltiples escenarios y establecer una exploración del duelo suscitado por la pérdida de la hermana; la caja “de antiguos tabacos” se convierte en una suerte de objeto imantado, capaz de “hablar” y sugerir recuerdos:

*Deshilvanar la memoria
destejer su trama*

*imaginarlo todo de nuevo
devolver la cinta*

*rehacer los diálogos
rescatar cada imagen del hoyo*

Es bellamente paradójico cuando Ferro dice: “construyo esta bitácora / donde no aparezco”. Describe la faena del libro, su expresión sensible, pero neta, llevada muy a pulso, con cierto grado de distancia, justamente, para sostener el paso del dolor del alma a la concreción del verso.

En *La caja Ferro* va hilando con paciencia tras demoradas contemplaciones. Así intento dar cuenta de los movimientos sensibles que ella hace, fiel a sí misma, con la certeza de un acercamiento a las voces femeninas que la habitan.

Las alusiones al tejido remiten al hecho de estar haciendo y deshaciendo —¿quién lo sabe?— el manto que le dará abrigo al alma. ☺

LIBRO >> PUBLICADO POR ALLITERATION, MIAMI, FLORIDA

Wild West

Traducido al inglés por Arthur Malcolm Dixon, con prólogo de Johan Gotera (que se reproduce a continuación), Alliteration Publishing ha puesto en circulación el más reciente libro del poeta venezolano residenciado en Nueva York, Alejandro Castro (1986), *Wild West* (2023), en edición bilingüe

JOHAN GOTERA

Dura, cruel e irónica, la obra de Alejandro Castro produce un provocador espacio de reflexión en un tiempo en que los poetas tienden al fasto de la autopromoción y a las ceremonias de la exhibición pública. Su *Des-carta al "joven" ¿poeta?* (2015) es la memorable incursión polémica mediante la cual sacude a la sociedad de los sublimes. El propio título de la intervención contiene el furor de una requisitoria y el cuestionamiento de aquella transmisión pedagógica por la que debían circular, sin esfuerzo alguno, los dones de la poesía. Pero Castro se aparta de esa genealogía conciliadora para explorar la catástrofe cotidiana y concebir, para sí mismo, un lugar en el espacio público desde el cual interpelar, a partir de la ira o el deseo, las tramas del presente histórico.

En *El lejano oeste* explora el espacio civil sin custodia, el abandono que produce el Estado al ausentarse peligrosamente de la ciudad, para meditar, desde allí, sobre lo que ha sido destruido por la quiebra de los acuerdos sociales. La ciudad, al parecer, ha muerto y todo ahora es periferia. A partir de una desilusión no restauradora, la voz poética se va perfilando como el habitante del mal que dará cuenta del amor, el hedor y los ruidos en el horizonte urbano. Allí nos toparemos con el "aprendiz de asesino", el vecino que "embiste contra la mujer", y el cuerpo que anticipa los gusanos.

"Que otros canten la grandeza indómita / de ser pobre y bueno / yo sé de la violencia que cabe en dos días", nos dice en un poema cuyo título, "Zona tórrida", reescribe irónicamente una tradición que ha sido derogada por la fiesta de la muerte. Esa zona tórrida que demarcaba el orgullo territorial ha devenido un absurdo color local, donde las celebraciones de lo vivo se oscurecen bajo la manifestación de la violencia. Ha pasado el tiempo de las plegarias, anuncia, y por ende la hora del cuerpo parece haber llegado. El dilema entre lo corporal y lo espiritual será debatido en el poema "03-02", que ocurre en el tercer piso de algún edificio de la ciudad lacerada. Separadas por un pasillo, dos voces se presienten mutuamente en sus soledades: "Frente a tu puerta vive una bruja / que ha pasado la vida preguntándose / de qué cielo viene el saxo los domingos / tanto jazz incomprendible para ambientar / el conjuro". Del otro lado, el habitante que completa la escena, percibe, "diáfana desde / su puerta la obscenidad de la ceniza / del velón encendido a quién sabe / qué vírgenes suicidas". Aquí ocurre, aparentemente, la dis-

tribución del bien y del mal, pero más allá de una lectura cultural que sancione la moral de estos sujetos, el poema nos propone una definición de país que convoca la política del cuerpo como respuesta al clamado de la fe. Si las prácticas de la bruja presuponen culto, altares y veneración, el jazz —que, por cierto, comparte con la brujería un componente étnico— prefigura, por el contrario, un retorno a la realidad corporal, en tanto que produce una zona sensible donde el cuerpo presiente su espesor a través de una escucha que funciona como incitación al nomadismo y anticipación de lo sexual. No se trata de una búsqueda de consolución mediante la fe, en este caso, sino de la ejecución corporal del sonido como ejercicio del deseo y el repliegue del sujeto en su materialidad.

Al contraponer cuerpo y espíritu, el poeta pronuncia la distancia que separa la sumisión espiritual que supone todo culto versus la necesidad de improvisar el recorrido personal del cuerpo —individual o social—, lanzado por la fuerza del deseo o la necesidad, a descubrir su potencialidad política. Se trata, desde el punto de vista literario, de hacer de la escritura un oficio terrestre, y desde el punto de vista civil, del replanteamiento de la relación del sujeto frente al poder, con la consecuente quiebra del culto a la personalidad que, por vías similares a la superstición, contagia las ciudadanías políticas.

"Nada describe mejor a la patria / que el infinito metro que separa tu / puerta de la suya: en mi país / el cielo y el infierno se avecinan / contagiados como en el piso tres", finaliza el poema, señalando la contaminación generalizada del espacio civil y la insurrección del mal en la vida cotidiana.

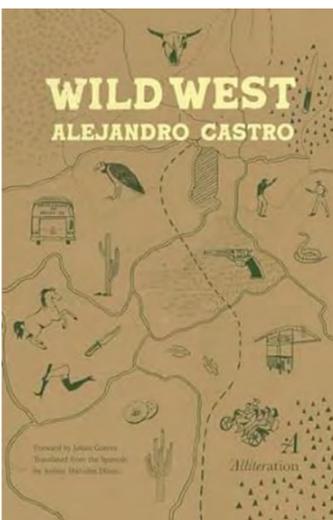
Ambas personas del poema, al abandonar el recinto privado, entrarán, inevitablemente, al desorden de lo real, al reino sin amparo, esos lugares explorados por el poeta, "Debajo de las balas encima de la ciudad". Allí, la injuria antipatriótica que ha podido leerse en la opción por el signo forastero que para algunos será el jazz, quedará sin efecto a partir de la violencia que todo lo iguala y que el poeta presiente como una "edad de hierro". Pero el cuestionamiento de lo espiritual es en el fondo la crítica al cuerpo devoto y al culto del poder en cualquiera de sus manifestaciones. El jazz, los recorridos urbanos, la sexualidad o el crimen, entre otros, son el ejercicio a través del cual el cuerpo se desvincula de la grandilocuencia histórica. El proyecto de Alejandro Castro, en este sentido, propone la alteración de la épica nacional y la desfiguración de la trama simbólica con que el poder se narra a sí mismo. Muestra otros modos de pertenecer a la ciudad y expone la asimetría del ciudadano con respecto a las vociferaciones del discurso histórico.

Su "Canto a Bolívar" introduce, en pequeñas dosis de blasfemia, su crítica a la estridencia y artificiosidad del olimpo bolivariano, ese lugar subjetivo que hace del ciudadano un devoto y que construye el culto hacia un Estado recurrentemente acreditado en las glorias del pasado.

Estamos, según el poeta, en la edad de hierro, es decir, de "los disparos" y "el merengue", donde es inútil esperar los favores de ninguna deidad. Su refutación de los héroes exige sacar del olimpo la relación política y replantearla fuera de la ritualidad, en lo intempestivo, para lo cual el poeta planteará la figuración de un eros convulso y la proyección de unas fuerzas aberrantes para contestar el mito del Estado. "Tu nombre", (se dirige a Bolívar), "es una coartada, / un sucio billete que nada vale, / una plaza cualquiera repetida"; "La única gloria en tu nombre, Libertador, / es una avenida sonora de tacones / talla cuarenta y seis".



ALEJANDRO CASTRO / ARCHIVO



La connotación de este zapato entrando a la escena de la heroicidad no podría ser más disruptiva. Introduce una desproporción que no puede ser contenida plácidamente por ninguna horma simbólica. Señala un principio de realidad para vaciar la historia y disolver los valores absolutos. Al asomarse apenas como pie, remite a una estatuaría en ruinas que sostuvo alguna vez los rituales de la fe y el nacionalismo. Pero este cuerpo de travesti que atraviesa la extensa zona roja de Caracas no espera la asistencia ni los favores. Está, de hecho, arrojado al espacio de la violencia, a punto de ser destruido en tanto que es un cuerpo que peligra. Por lo tanto, resume nuestra afección y nuestros terrores como sociedad. Su crudeza recuerda, a su vez, la monstruosidad de Flora, la de los grandes pies y el tacón jorobado por lo excesivo, en el poema de Virgilio Piñera, el escritor homosexual cubano que encaró con una ira semejante su tiempo revolucionario.

Ese tacón *torcido* vulnera con su irreverencia los discursos épicos y deshace la trama identitaria al insertarse en una escena de mutación genérica, escena de la que han sido

Tres poemas de *Wild West*

Caribe

De todos los monumentos
construidos por el hombre
mi favorito es el mar.

La ciudad de arcilla

Llueve. A cuántos va a matar
esta vez el barro. Cuántos
van a morir de noche
cuando la casa se les venga encima.
Aquí el miedo no persuade
a nadie. La galerna no acalla
el sarao ni calma la sed.
Llueve. Y la ciudad no es más
hermosa sino más temible.
No hay poetas en los bares
cuando llueve. No hay cristales
para verla resbalar como lágrima.
Las almas se amontonan
se aglomeran en las salidas del metro
guarecidas de la lluvia mientras llueve
en la ciudad de arcilla. Cientos.
Miles. A cuántos va a llevarse la vaguada.
Cuántos van a morir de lluvia. Quién
abrazado a la nevera.

sustraídos, flagrantemente, los datos reguladores de la identidad, como por ejemplo el rostro, significativamente omitido y desplazado del campo de visión del poema.

El pie de hombre que habita con violencia el espacio de la mujer remite, sin embargo, a una incomodidad mayor que podría extenderse al argumento de la violencia generalizada. Al mismo tiempo, el tacón *desviado* y desproporcionado que atraviesa el espacio nominal de los héroes (la avenida Libertador) socava irónicamente la lógica de los grandes hombres y abre el expediente de lo irregular como signo que sacude al mecanismo opresivo de la moral homogeneizante.

Like a prayer

Por ese entonces yo tenía un novio
que cantaba canciones de Madonna
y no sabía
si quería ser *drag queen*
poeta o domador de palomas.

Talento le faltaba
para casi todos esos oficios
y otros que rondaron
su avara cabecita hueca
dormida en mi pecho.

Cuando atentaron en París
un trece de noviembre
Madonna estaba de gira
y ya mi novio se había largado.

Ella cantó entre lágrimas
por París por mí
la canción que confunde
una plegaria
con una mamada.

Así lo hacemos nosotros.
Este es mi tiempo.

De este modo, lo lascivo, lo grotesco; el descrédito de la inmoliación heroica y la irrupción de un eros desafiante, así como también, la constatación de un deterioro común, componen el ángulo de crudeza y abandono desde el cual ciertos sujetos urbanos miran y padecen la historia. Ese ángulo, liberado de la narración institucional, es la zona de operaciones críticas que la poesía de Alejandro Castro privilegia para emprender desde allí sus indagaciones morales y encarar, a través de una estética abierta a todo estímulo del presente, los efectos de la euforia que calcinó la posibilidad política bajo los imperativos de la redención y los premios de la utopía revolucionaria. ☺

POESÍA >> LA CAÍDA NATURAL (DCIR EDICIONES, VENEZUELA)

Poemas de Graciela Yáñez Vicentini

El tumulto

en mi cabeza
un tumulto
de pájaros nocturnos

mirándose

en lo abierto

El rigor

*Alguien ha entrado en la memoria blanca,
en la inmovilidad del corazón.
Antonio Gamoneda. Libro del frío.*

Siempre fui la de los dientes duros.
Podía tragarme cualquier cosa.
Adicta al hielo, siempre,
podía beberlo sin dolor.

Siempre fui la de la buena vista.
Para mí, era evidente siempre
lo que no veía nadie, nunca.
Encontraba errores por doquier.

Partía la fruta por el medio
de un solo tajo
y sacaba, con todo cuidado,
las imperfecciones que no quería comer.

Creía tanto en mi intuición de bruja
—de bruja santa—
y en mis procesos de disección,
que me tragaba la podredumbre

hasta el fondo

y no sentí el veneno de la fruta agria
hasta que me congeló —completo—
el corazón.

Confíe en mis ojos hasta que dejé de ver.

La canasta

Es fácil detectar la fruta podrida.
Uno la ve irradiando podredumbre,
infectando a las demás.
Uno sabe.

Inútil el gesto de dar la voz de alarma.
Inútil querer apartarla, salvar al resto.

Velar por la canasta.
Uno trata.

Y, sin embargo, algo tiene la manzana enferma.
Algo irradia, algo irradia
que procura su permanencia,
y uno no entiende qué pasa.

La peste
se arraiga.

El amuleto

*Es que yo era tu amuleto
y tú no lo sabías
Clea Rojas. Pobremas de prostíbulo*

He tenido tres manzanas de la discordia.
Dos pendían de mi cuello, y la tercera
prefiero no mostrarla a nadie.

Se fueron perdiendo, mis manzanas.
Esas cosas que crees que cuidas mucho
—como un secreto—
y un día descubres que ya no las tienes.

Al principio, duele.
Perder una manzana siempre duele.

Te preguntas a qué manos habrá ido a parar
aquello que signaba tu suerte.
(Seguramente no cayó
en los dedos de la más bella).

Con el tiempo, piensas en los beneficios.
Las muñecas de vudú que ya no te dedican.
Las zancadillas que ya no te tienden.
Las disputas que ya no protagonizas.

Con el tiempo, aunque aún duela,
entiendes.

Sin embargo,
siempre queda una bruja suelta,
ávida de conjuro.
Alguna diosa enferma
incapaz de aceptar el duelo.
Siempre alguna vieja eterna,
propensa a preguntar sandeces
al espejo.

Y, por eso, en mi gaveta más recóndita,
que conservo entre cerrada y abierta,

siempre queda la manzana que no muestro.

La caída

como esas frutas que
llueven del árbol sin
necesidad de que
uno las baje o
sacuda el tronco y
aquella rama que
las tiene arriba a
una cierta altura sin
que nos parezca que
son de otro mundo o
algo que el brazo no
podría alcanzar jamás
tocar rozar quizás
o siquiera yo
pudiera
imaginarme como
mío de
manera alguna
(esa caída)

(esa caída natural de las frutas)

como funciona lo
que se da solo
(así)
por obra y gracia de
aquellas cosas que
se van cruzando y
es como si
ya fuesen nuestras
sin necesidad de serlo o
de pretenderlo ni
pedirlo acaso al fin

(no hay que pedirle nada
a nadie
nunca)

(esa caída)

porque ha bastado el
recibir las en
esa caída tan
desposeída y
originaria en que
cae la fruta en
la mano abierta y
basta un mordisco así
para que yo también
pase a ser
parte de

la misma fruta

se cae ella y
también me caigo
yo

(en la caída natural de aquella fruta)
tan mía
ella
y yo
también
tan suya



GRACIELA YÁÑEZ VICENTINI / ©VASCO SZINETAR

El poeta

Tú vives tu vida como la escribes —me dijo—
¿Y si tus poemas fueran más felices?
y me dejó pensando pensando

Y si no requiriésemos de teoría literaria
para explicar la candidez más simple

Y si la profundidad no provocase espanto
y se pudiera amar el mar sin sumergirse

Y si la belleza naciese menos trágica
y la fruta incapaz de corromperse

Y si la marea se meciese menos negra
y la miseria se aceptase miserable

Y si el desalojo no fuera recurrencia
y el todo menos que la resta de sus partes

Y nuestro único poeta feliz no fuese Whitman
y procurásemos un frío más amable

y me quedé temblando

Claro —acepté— el Poeta es un pequeño Dios
El jardín solo hay que recrearlo

Y si todo fuera arándonos

(Para Claudiana)

La concordia

A veces solo es preciso
llegar
al corazón de la fruta

La deuda

Tener casa
es poder tomarse un Toddy
a las 5:30 de la madrugada
Escribir un poema
sin molestar a nadie
sin despertar
a un solo muerto

Tener casa
es estar solo
sin que eso ofenda
a los animales
Quedar en deuda
—a toda hora
apenas y siempre—
con mi propio sueño

Tener casa es
hospedar al monstruo sobre el hombro
lo mismo
que albergarlo adentro
No deberle
siquiera

mi silencio

(Para Jacqueline)

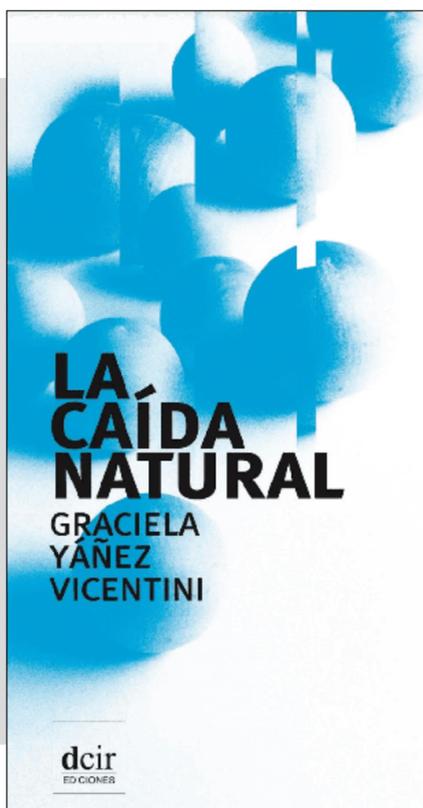
La escogencia

Quién iba a pensar que la protagonista
iba a escoger *blueberry*
en lugar de *apple pie*.

Hay frutas destinadas a esa hora póstuma,
en que solo queda esa invitada
póstuma,

la que llega —siempre— al momento de cerrar.

Supongo que tener casa, a veces,
es adueñarse del arándano
que nadie quiere.



*Graciela Yáñez Vicentini es poeta, narradora, editora y traductora. Los poemas aquí reproducidos pertenecen a *La caída natural* (Dcir ediciones, Venezuela, 2023).

LIBRO >> LA ORILLA DEL RETORNO (EL TALLER BLANCO EDICIONES)

Poemas de Alejandro Sebastiani Verlezza

vísperas

un trozo seco de tabla
sirvió de barca al sutil navegante

él vivía ávido por cumplir su viaje
mientras se enceraba los oídos
y resistía el acecho de las lenguas y los sables

el padre lo veía como un intrépido manojito de nervios
sometido por un millón de tempestades
las olas hambrientas –muy hambrientas y vinosas–
y el viento que lo acercaba y lo alejaba de la matanza final

en la orilla del retorno

no puedo evitarlo

si hoy me vuelvo baile
mañana me lanzo al camino más filoso

¿tú eres de la tribu
que come y bebe
sin ocuparse del pasado?

¿en serio no reparas
en lo que está por venir?

brindis

la sed de los corazones sabrá conducirnos
no suele alejarse el aliento del polvo

retirémonos muy a tientas

el destino tiene muchos oídos en los muros

otro brindis

tú alza tu tarro
álzalo y haz que beban los que te acompañan

y no importa si está vacío
la fuerza de tu gesto vale oro

tú quizás no lo sabes
pero darás mil vueltas por la rueda de las causas
y cuando menos lo esperes –aún sin probar–
vas a presentir el aroma de los alcoholes y te embriagarás

la hora justa

andar y andar
hacia los espesos confines del paisaje

¿y los restos más duros de la máscara?

serán el alimento de las aves
por la gracia solar

viendo caer las hojas

ahora –Ahora mismo–
los caminos están aquí
beben y canturrean en los bordes de mi mano

mientras merodeo las brasas
presiento mil bocanadas dulces

(nada y nada quedó
estallaron los júbilos y sus cenizas)

umbrales

con esta máscara ya no podré gustar el presente

bastará el paso fugaz por la fría alcabala
y vendrá el tiempo de abandonar
los turbios ventarrones

y moverse en la desértica oscurana

si hago esto
mi lengua nunca más será la misma

venido del sueño

ya se avecina
la terrible corriente



ALEJANDRO SEBASTIANI VERLEZZA / ©VASCO SZINETAR

tus pequeños dioses
nunca la adivinaron

(eran máscaras)

ahora tú Tú dime

¿puedo soltar
este trozo mordido de tierra
y moverme por mi cuenta
en el estremecido canto del agua?

llamado

los ojos llenos de rojura
fulminan toda maldición

el paso seco y avasallante del viento
descorrerá el pesado cortinaje

brotarán las tramas celestes
y los pastizales serán el definitivo lecho

caminos

los cuchillos clavados en la tierra
están llenos de vida

aprender a presentirlos
desde la planta de los pies
es el don más intenso

POESÍA >>> LA ORILLA DEL RETORNO DE ALEJANDRO SEBASTIANI VERLEZZA

Giróvago

“Hay en las playas piedras de colores sorprendentes, tal vez formadas por esos granos de arena, por miradas de ellos. Y Alejandro descubre la suya, la que es él y será él, la que habla por debajo de las lenguas, según nos llega a decir”

LUIS GERARDO MÁRMOL

Dice el sabio Daniel Medvedov, autor de la contratapa de *La orilla del retorno* (El Taller Blanco Ediciones, Bogotá, 2023) que Alejandro Sebastiani Verlezza descubre sobre la arena de un mar que es el de Ulises y muy bien podría ser nuestro Caribe mar, la piedra del destino, *ocultum lapidum*, que también es el óleo límpido, *oleum limpidum*. Ya antes ha leído la inscripción V:I:T:R:I:O:L: , aparecida sobre la arena no se sabe cómo, y que las olas no han conseguido borrar. Todo esto nos lo dice el sabio Daniel.

Aquello solo puede hacerse de día, tras haber visitado el interior de la tierra, de su tierra, a lo que alude también Medvedov. Quienes hemos tenido en las manos un puñado de arena sabemos, cuando la contemplamos así de cerca, que no es parda, ni blanca, ni rosada, como luce de lejos. La arena sobre nuestras manos, o en nuestras manos, es un Aleph. Todos los colores están allí, los de cada una de las piedras minúsculas que juntas hacen la arena. ¿Cómo entonces hallar la piedra del destino?

Hay en las playas piedras de colores sorprendentes, tal vez formadas por esos granos de arena, por miradas de ellos. Y Alejandro descubre la suya, la que es él y será él, la que habla por debajo de las lenguas, según nos llega a decir; la clavija que es necesario usar en el instrumento que somos para afinarlo, esa y no otra. La que solo puede ser revelada por la Venus oceánica, la Venus primera, y así respondemos a la pregunta de antes: ¿cómo hallarla? Y tanto no se trata de afinar el instrumento y

afinarnos, como de volverlo y volvernos a afinar, traer de retorno a esta orilla del mundo nuestra recóndita afinación. ¿Cuánto amor, cuánta humildad son necesarios?

Este poemario alude sin duda al ingenioso Odiseo, pero habla de Hermes tanto como del Laértida, o aún más. ¿Y a quién le extraña, si fue Hermes quien dio a Odiseo la rama dorada, la clave, la clavija, de todo su viaje? Hermes, la piedra, la luz primigenia, hijo de la Venus primigenia, la Venus oceánica, ¿qué colores tendrá o abarcará como piedra, que se insinúan en las miríadas de granos de arena sobre nuestras manos?

He dicho en otras ocasiones que la poesía de Alejandro corresponde a una categoría que he querido llamar *poesía armónica*, por analogía con aquellas composiciones musicales donde se advierte un predominio de la armonía sobre la melodía o la polifonía. Con eso quiero decir que se caracteriza sobre todo por la recreación de climas y atmósferas sutiles, más que por las ideas o por el diálogo, la contraposición y la yuxtaposición de voces. Alejandro es desde luego capaz de componer bellas melodías o ideas (a la poesía de ideas, la poesía eidética, me gusta llamarla *poesía melódica*), pero es el talante armónico, la creación y recreación de atmósferas o climas emocionales sutiles a través de sucesiones de acordes o arpegios, lo que predomina en una poesía como la suya. Bien fácilmente se nos antojan como las mil y un piedrecillas de colores que hacen ese vitral del puñado de arena en nuestras manos. Se juntan, y ahí está la piedra, la piedra que la Venus oceánica (que es en todas las tradiciones reales la madre de Hermes-Toth-Eshu-Mercurio) nos señala.

Decía Valéry que cada poema es el desarrollo de una exclamación, y Alejandro lo recordaba generosamente a propósito de mi propia poesía. Y yo digo que no solo cada poema: también cada genuino ensayo, cada genuina aproximación crítica ha de ser el desarrollo de una exclamación. Claro que al hacerlo así es posible, altamente posible, que se acabe por escribir un poema. Muchos, en efecto, se preguntarán qué estoy realmente diciendo con estas notas que pretenden ser crítica o ensayo. Poco me importa que lo entiendan pocos. Esto que ahora escribo es, en buena medida, el despliegue, la explayada singladura de la exclamación que de mí salió tras la lectura del poema “otro brindis”. No es común que un texto le quite a uno el aliento. A mí, hacía tiempo que no me sucedía. Quizás allí se revela la naturaleza de la visita al interior de la tierra, de la que no hablamos aún. Allí miramos, quizás, las fogatas de Odiseo. La Venus oceánica, oyendo siempre el *secreteo de las olas*, nos lo advierte:

y el aliento de la tierra se abre para ti

Hay otro aspecto medular, esencial, que nos permite hablar de la visita con luz mayor. Nos dice el poeta que antes de tocar la tierra vivió con la palmera, se embriagó con su licor secreto.

Este mar de Odiseo es también el Caribe mar, ya lo hemos dicho. Ella, la palma, el árbol que no conoce el otoño, puede mostrarnos mejor que ninguno ese camino al interior. Alguna vez dije, en uno de mis poemas, que la entrada al templo del grial está debajo de un bucare. Con mayor razón es posible hallar otra de sus entradas, y también la entrada al recinto de la Sibila, al pie de una palmera. Aún antes de tocar tierra, ya convivía con ellas el poeta, y así nos lo revela. Aún antes de tocar tierra, ya dialogaba, ya conversaba con ellas. Ya las miraba. Y mucho más que mirar, ya las escuchaba.

Una vez que ha salido, con la piedra en las manos, se pregunta:

*¿puedo soltar
este trozo mordido de tierra
y moverme por mi cuenta
en el estremecido canto del agua?*

Nadie. Nadie es el único de los nombres de Odiseo que se recuerda o sobrevive, ante la visión de los bancos de arena en medio de la profundidad marina. Las espaldas de Dios, nos dice la sabiduría de la palmera. El lomo de Dios, como también lo vio Moisés, escondido en la grieta de la roca, cuando Dios quiso mostrarle sus espaldas (y nada más nos puede mostrar):

*mi nada Nadie navega
sin tripulación ni llanto
presta al espesor del estrecho*

una blanquísima astilla clavada en la sien es mi amuleto

¿Y en efecto podremos soltar ese trozo de tierra que se obstina en nuestros labios una vez que hemos salido de su interior? ¿Cómo hacerlo? No debe olvidarse jamás que, cuando fue conquistada la Tierra Santa, aún hubo que librar muchas batallas por mantenerse en ella. La conquista solo ha podido y puede ser gradual. Nunca es completa de una sola vez.

Mucho ha madurado Alejandro. Y su motivo inicial, el giro, se ratifica y consolida y exhibe un brillo mayor. Hace tiempo le dije: tú ejecutas una gran *passacaglia*. O una chacona, quizás mejor. ¿Cuál es el bajo obstinado? La piedra. Justamente la piedra. Y le he dicho también: vamos a escribir un poema a dos manos y ya tengo el título, tomado de un disco con obras de Dietrich Buxtehude, por cuya música tengo un amor difícil de ponderar, uno de los grandes amores de mi vida. El título es *Ciaccona. Il mondo che gira*. Ojalá podamos hacerlo. ☺

**La orilla del retorno*. Alejandro Sebastiani Verlezza. El Taller Blanco Ediciones, Colombia, 2023.

HOMENAJE >> JOSÉ LÓPEZ RUEDA (1928-2018)

De la meseta al altiplano: semblanza de un poeta amigo

“Conozco de sobra la responsabilidad que asumía Pepe como profesor, la dedicación esmerada a sus labores docentes, el conocimiento erudito que demostraba en sus clases y conferencias. El amor que le tenían sus estudiantes, jóvenes y mayores. Pero por encima de todo, Pepe era de oficio escritor. Lo conocía perfectamente, lo vivía y tenía una disciplina férrea en la ejecución de ese oficio”

MIGUEL ÁNGEL ESCOTET

I José López Rueda nació en Madrid en 1928 y murió el 3 de febrero de 2018 después de haber recorrido el mundo. Doctor en Filosofía y Letras, Sección de Filología Clásica por la Universidad Complutense de Madrid. Catedrático emérito de la Universidad Simón Bolívar (Venezuela). Fue profesor titular de la Universidad de Cuenca-Ecuador, profesor y director del Departamento de Humanidades de la Universidad de Oriente de Venezuela, profesor de la Universidad de Tamkang (Taiwan), director del programa de la Universidad de Bowling Green (Ohio-USA, 1991-1999). Entre sus libros de investigación destacan: *Helenistas españoles del siglo XVI* (C.S.I.C., Madrid, 1973, tesis doctoral con Premio Extraordinario en la Universidad Complutense de Madrid), *Rómulo Gallegos y España* (Monte Ávila, Caracas, 1986, Premio Andrés Bello de la Universidad Simón Bolívar) y *González de Salas, humanista barroco y editor de Quevedo* (Fundación Universitaria Española, Madrid, 2003). Escribió y publicó numerosos libros y ensayos de crítica literaria y fue un asiduo colaborador de la prensa. Ha publicado un buen número de novelas, entre las cuales se distingue *Aldea 1936*, sobre la guerra civil española, y más de 10 libros de poemas, entre los cuales destacaremos *Cantos equinocciales* (1977), el más clásico, y *Fervor secreto* (2002), el más experimentalista. Desempeñó varias posiciones directivas en la Asociación Prometeo de Poesía de Madrid. Una buena parte de sus poemas suyos han sido traducidos al chino, al inglés, al italiano y al ruso*.

Conozco de sobra la responsabilidad que asumía Pepe como profesor, la dedicación esmerada a sus labores docentes, el conocimiento erudito que demostraba en sus clases y conferencias. El amor que le tenían sus estudiantes, jóvenes y mayores. Pero por encima de todo, Pepe era de oficio escritor. Lo conocía perfectamente, lo vivía y tenía una disciplina férrea en la ejecución de ese oficio. Su obra inédita es mucho mayor que la obra conocida; esto demuestra que no solamente escribía por el deseo de ser leído, sino especialmente por el simple hecho de escribir, porque escribiendo realizaba su vocación auténtica, algo que apren-

di de él y que practico diariamente

Es este hecho de escribir por la felicidad de hacerlo, unido a su alta calidad literaria, uno de sus mayores valores como escritor. Escribimos para nosotros, libres de ataduras, libres de prejuicios, libres del que dirán, ejerciendo la transparencia, pero respetando el anonimato de los personajes. Lo hacemos en búsqueda de la verdad, dando rienda suelta a la imaginación. El protagonismo queda para la privacidad de nuestros sueños.

López Rueda pertenece a la generación perdida, esa generación a la que la dictadura intentó doblegar castroando la razón, esa generación atormentada que se desparramó por los diversos confines de la tierra; esa generación ansiosa por liberarse de la impostura intelectual que pretendía ahogar no solo el intelecto sino la dignidad. Al finalizar su licenciatura en la Universidad Complutense, se despide un día en la Estación del Norte para tomar el barco en la ciudad donde precisamente había cumplido el servicio militar, Vigo, tierras gallegas de sus antepasados. En su poema “A punto de partir” expresa él mismo “Océánicas, verdes soledades; me reclaman el vasto suroeste”.

Deseo rendir homenaje a la genuina amistad, al hombre bueno, a una mente brillante en el próximo aniversario de su desaparición física el 3 de febrero, pero en ningún caso, ni en el olvido ni en la desaparición de su memoria de quien esto escribe. Reproduzco las palabras que le dije en vida, en el Ateneo de Madrid, que es cuando deben decirse.

II Una generosa decisión me ha favorecido, por segunda vez con el honroso encargo de hacer en breves palabras, la semblanza de José López Rueda. Si me he atrevido a aceptarla, es porque he pensado que si acaso hubiera quien al cumplirla se expresara con mejor acento y elegancia que quien asume tal misión, no existe quien sienta la satisfacción que experimento en estos momentos al ver cumplido un acto que envuelve a un hombre al cual me unen razones, sentimientos y vivencias, cimentados en el transcurrir de muchos años, que con placer infinito recordamos.

Mi primer encuentro con José López Rueda, Pepe para los amigos, tuvo lugar en la Universidad de Oriente, cuando en aquel entonces dirigía el Departamento de Humanidades de la Universidad. Precisamente en la introducción del libro, cuya publicación hoy celebramos, descubre López Rueda su primera y lúcida visión de don Rómulo Gallegos.

Bajo la magia de sus palabras, surgió nuevamente en mi memoria, no solo el recuerdo de la ya trémula y gloriosa figura del maestro Gallegos, sino el tiempo y el paisaje donde comenzó nuestra larga amistad. Allí en el Cerro

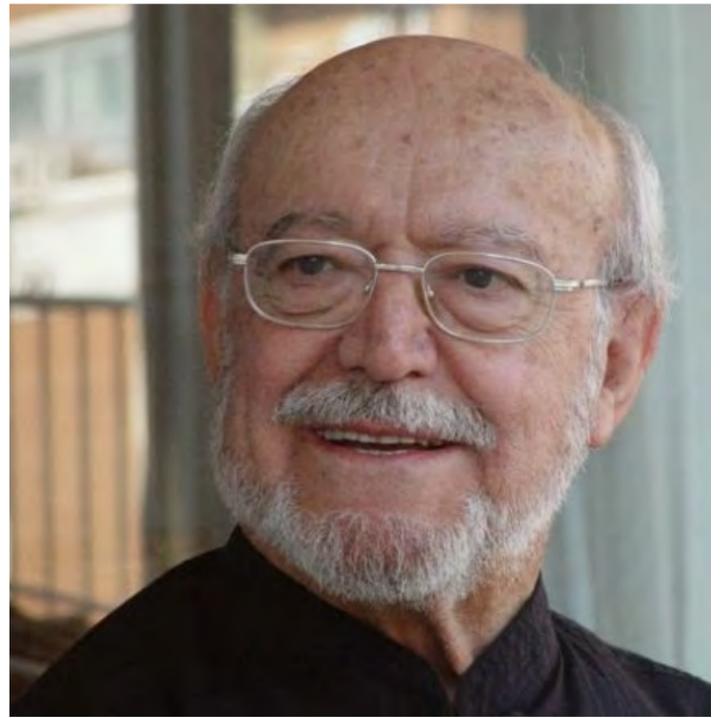
Colorado de Cumaná había pasado el arado y frente al mar, en presencia del “maestro”, la universidad daba su primera cosecha de profesionales. Yo iniciaba prácticamente mi andadura docente universitaria y ya López Rueda, joven aún, tenía tras de sí una estela de producción científica y literaria.

José López Rueda nació en Madrid en 1928. Transcurrió su infancia en la España de la preguerra y de la violencia de la cual ofrece un elocuente testimonio en su evocación de un pequeño pueblo, Arcos de Jalón, a donde fue enviado para ampararlo de los rigores del enfrentamiento que se producía en la capital. En *Aldea 1936*, su primera novela, refleja con pasión sus experiencias infantiles en un momento sombrío de la historia de España.

López Rueda, por azares del destino y por su necesaria aventura del soñador escritor, se encuentra de repente en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cuenca, en Ecuador, como profesor de latín y griego. Es allí donde su vena literaria y poética, unida a la contemplación de enclaustramiento que transmiten las imponentes montañas de los Andes, se expande y toma vida. Así nacen *Aldea 1936*, los libros de poemas *Soledad y memoria* y *Testimonios de sombra*, y otras novelas como *La flecha intempestiva* e *Hipoteca viviente*, esto, sin contar la prolífica publicación de ensayos en revistas profesionales y literarias y numerosos artículos en diferentes periódicos. Es allí en Ecuador donde conoce la respuesta a su talento: obtiene el primer premio de poesía en el Concurso Nacional “Alfonso Reyes” en Quito y la primera mención de honor del Concurso Nacional de Poesía promovido por el destacado diario latinoamericano, *El Universo* de Guayaquil.

Diez años transcurren de intensa existencia, pues sin dejar de pisar esas tierras, se casa por poder con Adelina, el amor fiel que transitoriamente había dejado en el andén de la estación, convirtiéndose en compañera de fatigas, apoyo en sus luchas y estímulo a sus actuaciones tanto en los momentos difíciles como en los de quietud, por la serena comprensión que le ha correspondido asumir en el logro de ideales y en la más constructiva crítica de su obra. También allí nace la pareja de Begoña y Germán, extensión de sus vidas y consecuencia de ellas. Durante ese tiempo, esa necesidad de conocer nuevas tierras y en especial a sus hombres y mujeres, lo lleva varias veces a hacer viajes por países, costumbre que se convertiría para siempre en auténtica obsesión de descubrir in situ, lo que en su afanosa lectura había imaginado. Pasa de los Andes al altiplano, a las cuencas del Amazonas y del Orinoco, hasta llegar al amistoso y multicolor Caribe.

Desde su salida de España en 1955, hasta sus dos primeros años en Venezuela en 1967, López Rueda escribe



JOSÉ LÓPEZ RUEDA / ARCHIVO

otras dos voluminosas novelas, a mi juicio, su mejor obra narrativa, novelas que curiosamente están todavía inéditas, la primera titulada *Viejo mundo a la deriva* y la segunda *Un espejo por el camino*.

Ambas son reflejo genuino de su tránsito entre el viejo y nuevo mundo, su admiración por lo descubierto y su profunda nostalgia por lo conocido. En general, la obra de López Rueda tiene un protagonista, él mismo, pero como dice Pierre Corneille en el prólogo de *Medea*, “en poesía, no hay que considerar si las costumbres son virtuosas, sino si son semejantes a las de la persona que introduce. Así, describe con indiferencia las acciones buenas y malas, sin presentarnos las últimas como ejemplo”. Pepe teje alrededor de sus personajes, vitalidad, humor, fina ironía y una espléndida relación entre el ser humano y su entorno social y natural.

Ya en Venezuela comienza su segunda etapa intelectual. Primero en Oriente y después en Caracas. En Cumaná es promotor y fundador y miembro del consejo de redacción de dos revistas que recibieron sus nombres por la inmensa afinidad de López Rueda con el mundo clásico: *Demócrito* y *Elan*. Con ellas contribuyó en forma decisiva a través de la dirección y

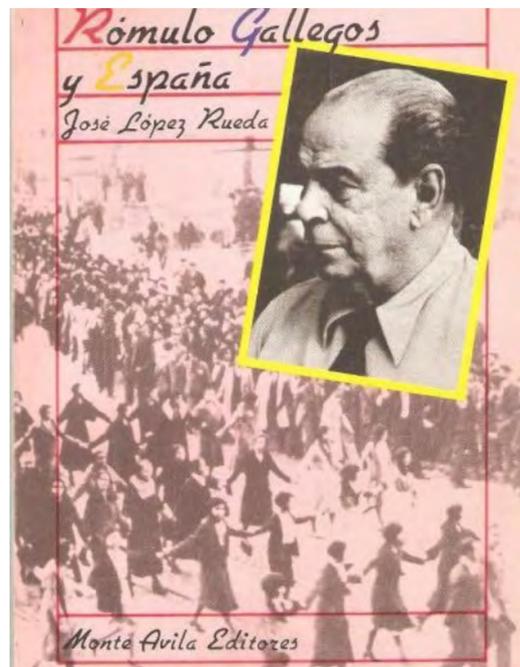
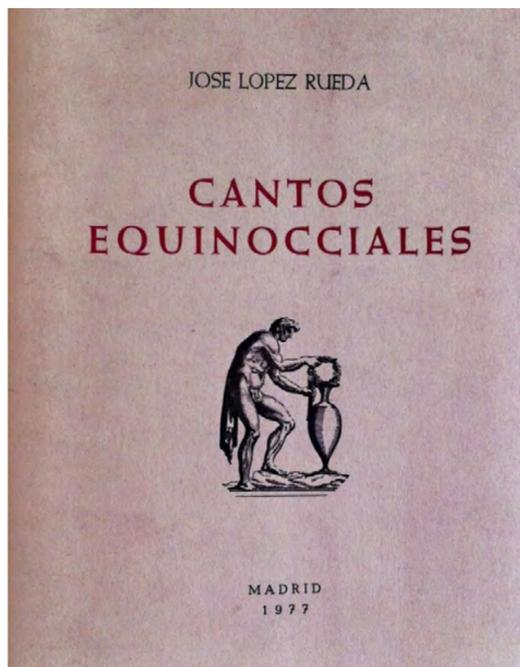
la creación de artículos. Eran épocas difíciles, en un medio intelectualmente descuidado, pero a su vez semilla de hombres ilustres de la epopeya americana y blandos de corazón, como Antonio José de Sucre.

La Universidad de Oriente, que se extendía desde Cumaná a la mitad de todo el territorio venezolano, casi del tamaño de toda España, fue de esas creaciones afortunadas que engendran a su alrededor una convergencia de razas y culturas, en algunos casos porque los profesores se sentían atraídos por la exuberancia del mundo descrito por García Márquez y otros, por la ingente necesidad de mostrar que la universidad puede ser instrumento de cambio y progreso. “Del pueblo venimos y hacia el pueblo vamos”. Ese fue el eslogan que unió a venezolanos con españoles, italianos, belgas, norteamericanos, japoneses, latinoamericanos de diversas procedencias, árabes, franceses y un número interminable de nacionalidades. Lo universal de la universidad encontraba en Oriente su más clara expresión. En pocos años esta universidad se constituyó en modelo para la reforma de muchas instituciones de América Latina.

De aquel puñado de 2.000 estudiantes que López Rueda y yo conocimos en los albores de su fundación, creció a nuestra despedida a más de 15.000 estudiantes y hoy, cuando esto escribo, llega casi a los 40.000. López Rueda es por eso también constructor de universidades. Allí dejó parte importante de sus años de creación; desde allí pudo reconstruir el puente del recuerdo e inició paulatinamente su acercamiento físico a España, el país de nuestras irreparables nostalgias; por estar allí, logró, unido a ese afán de aprender del profesor auténtico, regresar después de muchos años de ejercer la docencia universitaria al papel del estudiante en Madrid, para obtener el Premio Extraordinario en el doctorado de la Universidad Complutense con una tesis sobre los estudios griegos en España durante el siglo XVI, tesis que dirigiría el que después fue también su amigo muy estimado, el gran helenista Luis Gil. Por estar presente en tantos momentos de su vida, tuve yo la suerte de construir esa amistad que para destruirla, tendrían que pasar más años que los que el destino ha señalado para nuestra existencia, porque los dos hemos hecho nuestra la concepción de Bacon que dice que “aquellos que no tienen amigos a quienes abrirse, son caníbales de su propio corazón”.

Presenció, a lo largo de estos años, su lucha por mantener sus ideas, sus convicciones, siempre de buen humor, sin agresividad pero con firmeza. Puedo decir que aun en los momentos de crisis, López Rueda mantuvo siempre el control de sí mismo, y todavía, tras tantos años de amistad, no he presenciado nunca lo que en López Rueda pueda significar un enfado, dicho en criollo, “una arrechera”. Me consta el afecto y respeto que le tienen sus colegas, especialmente en un país de adopción, Venezuela, selectivo en los sentimientos y apasionado en el corazón.

(Continúa en la página 10)



ENSAYO >> POESÍA Y ASTROLOGÍA

La poesía de Mercurio

"Cadenas convierte sus versos en la exploración de la identidad individual para cuestionar la esencia misma de la vida, centrándose en la filosofía y la conexión con lo cotidiano, al sumergirse en una introspección profunda, explorando aspectos filosóficos y metafísicos de la existencia"

GEMA MATÍAS

En la antigua Grecia, uno de los doce olímpicos era Hermes (Mercurio para los romanos) a quién se le rendía culto en templos, altares y cruce de caminos. Hijo de Zeus, el rey de los dioses, y de Maya, una de las Pléyades, desde su nacimiento, mostró habilidades extraordinarias. Era un dios astuto, inteligente y rápido, conocido por su habilidad para moverse entre el mundo mortal, el de los sueños y el mundo divino portando el caduceo de oro, regalo de su hermano Apolo, su casco y sandalias aladas que le conferían rapidez de movimiento y de pensamiento.

Se le atribuía la invención del alfabeto (junto a las Parcas) y la escritura, lo cual le otorgaba un papel importante en el ámbito de la comunicación y el conocimiento. Juntamente con su papel como heraldo del lenguaje y de las ordenes de los dioses a los seres humanos y a otras deidades, de ahí su nombre de mensajero de los dioses.

Responsable de las funciones elementales del intelecto, del potencial con el lenguaje que se expresa en función de la conexión con otros factores, es muy superior a lo que somos capaces de conocer o advertir. Este azogue alquímico, es un ingrediente básico para conseguir la sustancia (palabra) capaz de transformar o envenenar con su toxicidad. Dos caras de la misma moneda que subrayan modalidades de expresión verbal, presentándonos las múltiples posi-

bilidades que se pueden escoger en este peregrinar por la vida, en donde a lo largo de nuestra existencia, atravesamos ciclos vitales similares a la sucesión de las estaciones en la naturaleza.

Vistos desde la Tierra, Mercurio no se separa mucho del Sol, juntos comparten el espacio y su posición informa de los modelos que son afines a cada uno; sumando el signo zodiacal, aspectos y Casa astrológica, muestran el estilo de pensamiento, la forma de comunicarse y el discernimiento. Si en su transitar por el cielo, el Sol camina por delante o por detrás de Mercurio y si este último va en movimiento directo o retrógrado, se darán cuatro tipos de lectura más. Por un lado, estarán los que poseen la capacidad de la retrospectiva, ese pensamiento tardío que permite una reflexión posterior después de evaluar los hechos ocurridos y, por otro lado, el pensamiento ingenioso, futurista, la previsión y originalidad.

Al igual que con el Caduceo se reúnen los cuatro elementos de la naturaleza: fuego, tierra, aire y agua, con los cuales el proceso intelectual se procesará, razonará, analizará, investigará, estudiará, escribirá e informará acerca de las ideas y pensamientos con que se percibe la vida desde el entorno interno y externo. El emblema del verbo –la elocuencia– la riqueza del lenguaje y la capacidad de comprensión serán matizados por las características simbólicas de cada va-

riable. Asimismo, las fases de Mercurio al ser cíclicas darán a cada persona una manera de pensar, de hablar mucho o poco, de ser crítico, de abordar los problemas con la inteligencia, con el interés, con la emoción o con el conocimiento. La habilidad de ser coherentes en transmitir información verbal o escrita, de poseer expresión única, mejorar lo hecho por otros o plagiarlos.

Prestando atención sobre Mercurio en ese mapa de navegación, aguzamos los sentidos en las particularidades de las posibilidades, en las pautas concretas del procesamiento de la información que todos recibimos tanto del exterior como de los procesos internos del pensamiento.

La poesía de Mercurio se presenta como un fascinante viaje a través de las palabras, llevando consigo la esencia de la creatividad y la expresión lírica a través de una fluidez que se convierte en una danza personal y única, elevando la experiencia de lectura a una forma de arte atemporal y universal.

Observando la carta natal de Charles Baudelaire (1821-1867), el icónico poeta francés del siglo XIX, quien crea un paisaje lírico acerca de la complejidad de la experiencia humana a la vez que celebra y critica la modernidad de su tiempo, es considerado un "poeta maldito". Encontramos que su visión poética proviene de un Mercurio en Piscis prometeico conjunto a Marte (regente de VI-

II), lo cual le confiere una visión futurista por un lado y por el otro, el movimiento simbolista que imprime su percepción de la vida urbana tras bastidores, ejerciendo una gran influencia en la exploración de temas considerados oscuros o tabú con los cuales, va a desafiar las convenciones estéticas de su tiempo. La melancolía profunda y existencial se convierte en un hilo temático que teje su poesía.

Rafael Cadenas (1930) es un poeta contemporáneo, quien nos mues-

“

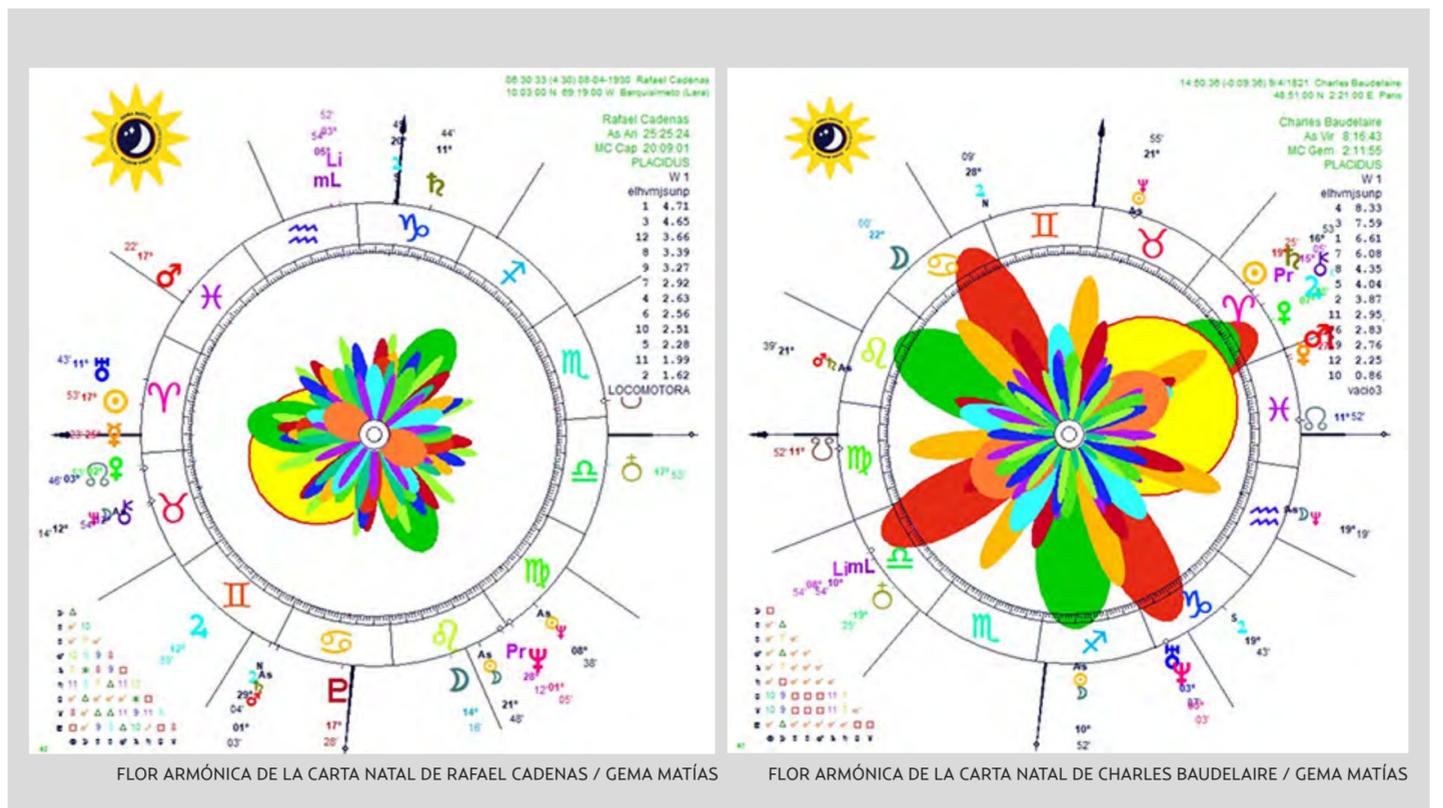
Vistos desde la Tierra, Mercurio no se separa mucho del Sol, juntos comparten el espacio y su posición informa de los modelos que son afines a cada uno”

tra una profunda introspección en su obra, explorando cuestionamientos filosóficos sobre la existencia y la condición humana a través de su Mercurio epimeteico en Aries (regente de I). Con un vasto paisaje poético, va marcado por la profundidad de su reflexión, el sopesar cada vocablo y la maestría con la que aborda la condición humana. Sus poemas actúan como espejos que reflejan las complejidades de la existencia humana, invitando a discurrir, pensar o filosofar sobre la conexión con lo humano y a la apreciación de la belleza que se encuentra en los rincones más inesperados de la vida, transformando momentos comunes en exploraciones profundas de la existencia producto de la conexión entre lo trivial y lo trascendental.

Ambos poetas comparten un interés en la introspección y la exploración de la existencia humana, pero cada uno aborda estos temas desde perspectivas, estilos, formas de expresión y contextos diferentes.

Cadenas convierte sus versos en la exploración de la identidad individual para cuestionar la esencia misma de la vida, centrándose en la filosofía y la conexión con lo cotidiano, al sumergirse en una introspección profunda, explorando aspectos filosóficos y metafísicos de la existencia.

Baudelaire capturando los aspectos oscuros y alienantes de la vida urbana, da una exploración de la condición humana. Se sumergió en la modernidad, la melancolía y la búsqueda de la belleza en lo profano expresando una angustia existencial en sus poemas, una tristeza profunda y una desconexión con la realidad. ☉



De la meseta al altiplano: semblanza de un poeta amigo

(Viene de la página 9)

De Cumaná pasa a Caracas, a la Universidad Simón Bolívar, de la que fue coordinador de los estudios del programa de postgrado en Literatura Latinoamericana Contemporánea y de la que es actualmente catedrático emérito. Allí, en su afán de crear revistas, como en la Edad Media se construían catedrales, da nombre, siguiendo su vocación helenista, a otra importante revista universitaria venezolana: *Argos*.

En 1973 el Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España le publica una densa obra de investigación titulada *Helenistas españoles del siglo XVI*. En 1977, la Colección Ágora de Madrid, que dirigía Concha Lago, le publica otro libro de poemas, el más extenso, bajo el título de *Cantos equinocciales*.

Hace tres años, en esta misma casa del Ateneo de Madrid, se presentó otro de sus libros, *Crónica del asedio*, en donde encontré un grupo de poemas que muy generosamente me dedicó bajo el título de *Grecia*, poemas que reconfortaron aún más el espíritu y afianzaron, si cabe, nuestra amistad, porque sé que para López Rueda, Grecia no es ni un país ni una cultura; es el símbolo de las ideas del mundo contemporáneo y futuro. Las ideas no mueren, aunque no se vean ni se toquen. Son gérmenes que se propagan, se difunden, se desarrollan y cuales faros esplendorosos iluminan las rutas de las generaciones. Las obras materiales pueden desaparecer de la tierra, pero las ideas no mueren: la tradición, las inscripciones, los jeroglíficos, los monumentos que las traducen y las escrituras, las salvan del diluvio de las horas y de

los cataclismos con que nos sorprende la naturaleza en forma inesperada. Grecia es en sí misma una idea fecunda, una llama viviente que ha marcado el rumbo del pensamiento de las épocas y culturas que siguieron el centelleo de ese fuego.

El prolífico López Rueda, nos ofrece hoy (cuando en su momento escribo) en su libro otra faceta de su oficio de escritor e investigador. El libro *Rómulo Gallegos y España* que edita la prestigiosa editorial venezolana Monte Ávila, es una cuidadosa exposición de la obra y los pasos del maestro criollo por tierras españolas. En ella, junto a una rigurosa labor crítica e investigativa, se narran hechos hasta ahora desconocidos y anécdotas llenas de agudeza y humor, en las que, al mismo tiempo, se advierte la profunda admiración del autor, no solo por la obra de Gallegos, sino por la grandeza de su alma y la fortaleza de su corazón en momentos oscuros para Venezuela, lejana en el espacio, pero presente en todos los instantes del exilio.

Nosotros, los psicólogos que estudiamos los fascinantes caminos del

pensamiento creativo y productivo, aventuramos la hipótesis de que, un hilo de afinidades ata muchas veces al biógrafo y a su biografiado; en el caso de José López Rueda y el maestro Rómulo Gallegos, me atrevo a sugerir que ese hilo es la poesía. La obra de Gallegos, vigorosa y dramática, está llena de la magia y el misterio de la más acendrada poesía. Gallegos contempla el universo con los ojos de un poeta y al narrarlo lo hace con la más sonora de las voces, que es la voz de la poesía.

La poesía que en palabras de García Márquez, "sostiene en el delgado andamiaje de los tercetos del Dante, toda la fábrica densa y colosal de la Edad Media. La poesía que con tan milagrosa totalidad rescata a nuestra América en *Las alturas de Machu Pichu* de Pablo Neruda el grande, el más grande, y donde destilan su tristeza milenaria nuestros mejores sueños sin salida. La poesía, en fin, esa energía secreta de la vida cotidiana, que cuece los garbanzos en la cocina, y contagia el amor y repite las imágenes de los espejos".

Por eso, al leer el libro que hoy presentamos, podemos decir con toda justicia, que, en este caso, el biógrafo estuvo a la altura del biografiado. ☉

* Se reproduce en su integridad, con motivo del aniversario de su muerte, su perfil del autor, escrito y pronunciado por Miguel Ángel Escotet en la presentación del libro de José López Rueda, *Rómulo Gallegos y España*, en el Ateneo de Madrid, el 13 de octubre de 1986. Para esas fechas, Miguel Ángel Escotet era el secretario general de la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura en Madrid. Posteriormente, fue el consejero en educación superior del director general de la Unesco en París, y en 1993 regresó a Estados Unidos como director de investigación y catedrático de Florida International University y decano de la Universidad de Texas, Estados Unidos, de la que es catedrático emérito. En el Interin fue el director del Instituto de Postgrado de la Universidad de Deusto en Bilbao. Actualmente, es el rector y fundador de la Universidad Intercontinental de la Empresa y presidente de Afundación, ambas instituciones con sede en España.

CELSO MEDINA

ENSAYO >> SOBRE DOS DE SUS POEMARIOS

Charles Baudelaire dijo una vez que la naturaleza es un bosque simbólico, y la poesía es la visitante por excelencia de ese bosque, hacia donde el poeta acude para restablecer el equilibrio que hemos perdido con la naturaleza.

Leyendo el libro *La piedra, nada más* (2005), de Simón Sáez Mérida, editado por la editorial La Espada Rota, refuerzo mi admiración por este amigo. Habíamos leído y comentado algunos libros y poemas suyos publicados en diversos medios impresos. En uno de los comentarios críticos, nos preguntábamos cómo Sáez Mérida, un pensador marxista, escribió una poesía prácticamente religiosa, amparándose en una estética cuidadosamente cimentada en una metafísica muy *sui generis*.

En este libro Sáez Mérida se acerca a esa prédica baudelairiana. En él, se presenta una religión de lo natural. El título es una clave que nos ayuda a navegar por ese bosque simbólico: la palabra piedra es muy significativa para comprender la metafísica de este poeta. Piedra remite al fundamento, a los cimientos, y también a la simplicidad.

Este poemario seduce por dos razones: su sentido de totalidad y la austeridad de su lenguaje. El autor no compila poemas, sino que crea un cosmos al que enaltece y por el que padece. Su lenguaje es austero, sin rebusques retóricos. Busca comulgar con el bosque simbólico de la naturaleza poniéndole el nombre más simple a las cosas. El poemario trabaja esencialmente con imágenes, pero un relato lo recorre: el del bosque memorioso, donde el hombre va a reencontrarse con su alma perdida. El poema "I" inicia así:

*Algún día
la muerte ya no tendrá más pan
en la memoria
y será apenas
la flor azul de las alegorías*

El poeta Simón Sáez parece compartir la tesis de que el hombre es tal porque tiene memoria. Esta memoria vence a la muerte y testimonia el paso ético del hombre por el mundo. Este paso es claro en la vida pública de Sáez, pero se refuerza en su poesía. En ella, no solo transita un ecologista sensible, sino también un ser capaz de extraer importantes lecciones de su mirada. El poema "III" dice:

*Otra vez
la montaña cabalga
sobre los alambres del telégrafo
y los pájaros tristes
no tienen piedra donde morir*

Es interesante cómo el poeta tensiona su simbología al contrastar la piedra, signo de dureza y perseverancia, con la fragilidad. La montaña, también símbolo de persistencia, se torna un espacio quebradizo ante la modernización (alambres del telégrafo). Y la ciudad, aposento donde la naturaleza es negada, enmudece. De allí que diga:

*La ciudad
no tiene nada que decir,
sus motores mueren
sin lluvia que tomar
sin vientos
la ciudad
mató sus gallos
al amanecer
La ciudad
es de tierra cocida*

Muchas vivencias alimentan estos poemas: su idealizado San Diego (en el estado Miranda) o su Aragua de Maturín, el pueblo natal, del que no solo escribió historia sino también fue capaz de poetizar.

Hemos advertido el minimalismo en la poesía de Simón Sáez Mérida. Es importante aclarar el término: entendemos como tal un ejercicio estético que extrema la simplicidad para celebrar el instante más desapercibido por todos. El poeta no hace sino pintar con palabras lo que extasía su mirada. Leamos íntegro el poema "XIII":

*La carreta
Se puebla de bambúes*



SIMÓN SÁEZ MÉRIDA Y SU SOBRINA TANIA, 1957, POR CARMEN CECILIA SÁEZ MÉRIDA / ARCHIVO

Minimalismo y vacío en Simón Sáez Mérida

Simón Sáez Mérida (1928) fue político, historiador, ensayista, narrador y poeta. En su múltiple actividad fue parlamentario y profesor universitario

*Y los balcones
Ya no están en el viento.
La tía volvió a su traje negro
Y al gato de cartón,
Antonia, la bella de la esquina,
Disfrutó los samanos
Y sus golondrinas.
Sobre la calle,
El tiempo muere sin aullidos.*

Esta estampa revela a un poeta comprometido con la historia, que escucha el devenir en la gente que no se obsesiona con la heroicidad. Su escenario tiene el aliento sabio de la cotidianidad que se anida en las almas de los hombres que recuerda.

Esa tensión entre lo que perdura y lo que trasciende, atraviesa todo este poemario. La patria tierra (quizás en el sentido de Edgar Morin) es un espacio de goce y dolor, en el que el poeta se siente profundamente implicado. Los ecologistas deberían leer estos poemas de Simón Sáez para reforzar su prédica naturalista, y darle fuerza al origen de la palabra religión: *religare*; es decir, ejercitar la comunión. El poeta Simón Sáez quiere ser un árbol que crece hacia sus raíces. De allí esta confesión:

*Íngrimo,
Veo que dios cabalga
En los gusanos
Y la vida regresa
En grandes mariposas,
Que hay un alambre
Bajo la luna
Y la noche se muere
Con los pájaros*

La vida es una dinámica absoluta, una cuenca donde Dios, un macrocosmos, se sintetiza en un gusano, y las mariposas alardean su trascendencia. La piedra, sin necesidad de eufemismos, sigue produciendo los símbolos que sirven de proscenio a la morada de la poesía.

Conocimos a quien escribió estos poemas. Fue un hombre sencillo, imaginativo y conversador. Conversaba de política, de béisbol y de muchas otras cosas. Recuerdo la última vez que hablé con él, en Maturín, el tema fue León de Greiff. Su sabiduría era asombrosa. Apenas me vio

el libro que yo portaba de este poeta colombiano, comenzó una extraordinaria disertación que me reveló a un hombre que, además de leer a Marx, Braudel y Max Broch, etc., bebía con fruición la gran poesía del mundo.

Sáez Mérida fue prudente con sus poemas. No los publicó. Se los enseñaba a sus amigos o los publicaba en ediciones modestas.

Quien no haya leído los poemas de Simón Sáez Mérida puede prejuiciarse. Quizá espere de él un tono panfletario y discursivo, como el que se suele pedir a los poetas comprometidos políticamente. Él fue un hombre político, de eso no hay duda. Su vida fue sencilla, sin ostentaciones. Pocos han sido tan coherentes con su pensamiento. Y como poeta no hizo concesiones al facilismo discursivo. Por el contrario, afinó su verbo de tal manera que sus palabras son tan lúcidas que al leerlas despiertan en nosotros un efecto de reflexión plena.

Queremos insistir en que Simón Sáez Mérida fue un habitante de lo simple, donde vivió ayudado por el ejercicio de la poesía. Con ello, cumplió la prédica del poeta Víctor Valera Mora: el paso del poeta por el mundo es ético.

II Dolor y vacío

La muerte, la soledad, el vacío y la nada son temas que se entrelazan en el poemario *El estupor de los girasoles* (1994), de Simón Sáez Mérida, publicado bajo el sello editorial de Centauro. Los treinta poemas reunidos aquí forman un canto elegíaco dedicado a su hermana Carmen Cecilia, quien murió junto a su esposo, León, en las cercanías de Maturín. De allí el apóstrofe permanente al ser perdido, hecho con un tono sereno y reflexivo.

Por supuesto, el poeta no puede escapar del dolor. Sin embargo, el dolor no es el tema que impregna su poemario. Más bien, el poeta expresa su propensión a lo cósmico, su constante pregunta acerca de la vida y de la muerte. Su relación con la nada es dramática:

*entonces
la nada estará allí
sentada en la puerta*

de la casa vacía.

Como los poetas elegíacos, busca en la figura de un ser de sus afectos un punto de partida para indagar en los espacios de su cosmogonía existencial. Recordemos a Jorge Manrique, quien cabalga su mística en hombros de la figura de su padre, y a nuestro Vicente Gerbasí, quien también va de la mano de su padre.

El estupor de los girasoles es un poemario que aborda temas como la nostalgia dolorosa, pero no es la tristeza la que prevalece. Los apóstrofes dirigidos al interlocutor poético (su hermana) apuntan más bien a dar respuesta al vacío interior que embarga al hombre. Preguntas que tienen en la muerte un hito trascendente. La nada reina como una obsesión capital:

*Hermana,
cómo será
será el olvido infinito
de la nada.*

Esa nada deviene de una preocupación por la muerte. Por eso las preguntas se llenan de desazón, y no es el temor a fallecer lo que las impulsa, sino la angustia de quedarse rodeando en el vacío:

*Hermana,
ahora que la muerte
te integró a sus regiones
y las máscaras pueblan
los espacios
el cuerpo
doblará sus siglos
en las piedras?*

*¿Será el ocaso de los mapas
y el tiempo de su fábula*

*los caballos vivirán más
allá
del horizonte*

*las llamas llevarán
su suicidio
hasta la lluvia
Las flores
migrarán
con las grandes mareas*

*las aldeas flotarán
en los despojos
del humo*

*morirán los grandes hemisferios
y sus brújulas*

*Será la ceguera de la nada
la químera
o la aurora?*

En estas preguntas hay una angustia que revela el verdadero estupor del poeta: el miedo al abismo del vacío, a quedarse como una isla solitaria en medio de la nada. Los apóstrofes también preguntan por el sol, por los pájaros, por los atardeceres:

*Hermana
Provoca encadenar el
corazón al sol del mediodía
y sentarlo en sus llamas
para que el tiempo
haga su navegación
hacia el ocaso*

En un hombre que conocemos por sus convicciones marxistas, se descubre un panteísta. Un fiel creyente en los insondables ecos de aquella naturaleza que Baudelaire llamó "Bosque de símbolos". Para él, Dios es apenas una brizna en el fuego vital, un alieno encarnado en la naturaleza, espejo genésico de sus principales epifanías:

*y los dioses,
viejas trizas del viento,
serán las osamentas
de la luz.*

Henri Bergson señala que el poeta tiene su vida más a mano que a cualquier otra cosa. Sin hacer aspavientos con su biografía, se explaya a partir de ella, no para presentar el espejo de su cuerpo y de su pasión, sino para dejar constancia de que un hombre pasó por aquí, dejando constancia de su eticidad.

El estupor de los girasoles es un registro de fe dolorosa que logra trascender a esa instancia de llanto y adentrarse en las profundidades insondables que produce el vértigo del vacío existencial. ☉

TRADUCCIÓN >> ROSE AUSLÄNDER (CHERNIVTSI, 1901-DÜSSELDORF, 1988)

Selección de poemas de Rose Ausländer dedicada a Elisa Lerner

TRADUCCIÓN GERALDINE GUTIÉRREZ-WIENKEN

Sueño de mil alas

Sueño de mil alas
zonas prohibidas
nosotros: habitantes de
cuatro dimensiones

Amarga discordia entre hermanos
la hermana serpiente
dulce como una sirena
disecciona tu mejilla

Un valiente joven arbusto
le obsequia follaje
al sepulcro de los padres en el
polvo perdido

Un rostro de monje severo:
Savonarola o
de un muerto similar
duro y áspero

La letanía de la lluvia cae
en costas desnudas
relojes y urnas
versos y desiertos

La ciudad al revés:
de los sótanos y las jarras
gotean estrellas que
nunca se secan

Navegar bajo la tempestad

Un monstruo
de cien cabezas
se asoma a la nave
bocas lascivas

Metó una
mariposa en la
maleta de corcho
ella tiene que vivir
sí yo no logro
llegar al prado

(Ayer apareció la
difunta madre un radiante
delfín fuera del agua
ni me vio)

Hago un pacto
con el Sol
tu autógrafo Majestad
¿mañana pasado mañana?

¿Cuándo será hoy?

El pueblo Domingo

Detrás del muro del lunes
queda el pueblo Duminika
lo visito con placer
en mi tiempo libre

Conmigo llevo mi monte favorito
el Raréu
y a la gitana que un día
el futuro me regaló

Los pastos lloran conmigo
porque a mi perro lo envenenaron
los vecinos del lunes
Él era un sabio que dominaba
el idioma de todos los olores

Los campesinos me agasajan
con leche pan de cereales
e historias bordadas multicolores

El pueblo Duminika es verde
verde el río
y los pastores tallan verdes Doinás
con sus flautas alentadoras

N. de la. T.: Doinás: lírica popular rumana que expresa la relación hombre-naturaleza, sentimientos de añoranza y desconsuelo. Hay Doinás de amor, pastoril, sobre el exilio, la pobreza, el destino o la mitología popular.

El padre

En el patio del milagroso rabino de Sadagora
el padre aprendió los arduos misterios
Sus peyets entonaban leyendas
sus manos sostenían el bosque hebraico

Árboles de letras sagradas extendían sus raíces
de Sadagora a Czernovitz
El Jordán desembocaba entonces en el Pruth –
mágicas melodías en el agua
El padre las cantaba aprendía y cantaba
la herencia de sus ancestros se hizo una
con bosque y agua

Detrás de los pastos cerca del molino
estaba la escalera soñada
apoyada del cielo
Jacobó la utilizó en su batalla con los ángeles
siempre venció su voluntad

De Sadagora a Czernovitz y
de regreso a la Corte Sagrada circulaban los milagros
hacían nido en un sentimiento
El muchacho estudió el cielo conoció la magnitud
de los ángeles sus distancias y la cifra
era un versado en el laberinto de la Cábala

Un día el diecisieteañero quiso ver
el otro lado y
se fue a la ciudad mundana
se enamoró de ella
y prendido se quedó

Un Jasid de Sadagora

Un anciano de ochenta años
Su barba rezaba blanca
en el pecho

En su caftán
los ángeles descansaban
del esfuerzo de vuelos mundanos

La corona del Sabbat
el shtreimel
era su único ornato

Sus párpados caídos
su mirada enmarañada de velos
vivía en la capilla

Lunes y jueves de ayuno:
ligero sea el cuerpo
su comida: alabanzas
Meciéndose al ritmo de
oraciones bíblicas y otras
palabras sagradas

Pocas palabras –
el mundo aparente no se discute
no se aborda con nutrido interés
apariciones son fantasmas
al Ser (¡no se pronuncia el nombre!)
debe servir tu espíritu

En la torá de rollo doble
hay luz y canción
dice la historia popular
Contempla a la amante:
en traje de terciopelo bordado en oro y
su corona de adorno
si tus labios se permiten besarla
puedes tomarla del brazo
y bailar con ella bailar
en honor al Señor

Así bailó el Jasid de Sadagora
con otras Jasidas



ROSE AUSLÄNDER (1901-1988) / UKRAINIAN JEWISH ENCOUNTER

Pruth

Ahí están chirreando los guijarros en el Pruth
nos rasguñaron fugaces bosquejos en
las plantas de los pies

Narcisos acostados en la superficie del agua
nos abrazamos a nosotros mismos

En la noche arropados por el viento
lecho relleno de peces
pez de oro la luna

Susurros de rizos en las sienes:
el rabino en caftán y con shtreimel
rodeado de Jasidas felices

Pájaros – no sabemos
sus nombres su grito
atrae y aterrera
Nuestro plumaje también está listo
los seguimos
por encima de maizales
oscilantes sinagogas

Siempre de vuelta al Pruth

Pueblo de la Bucovina

Nido de golondrina
bajo el tejado
vuelos azules en agosto

Maraña de guijarros
tercas espinas en la corriente
sauces inclinados donde
el bote amarrado suspira

Almadías pasaron volando
la cresta del viento
alisó el oleaje
agachada arrastró el anzuelo
un aleteo y arriba

Entonces la fronda
recibió a los cantantes
tú, ruiseñor, gloria de la aurora
más tarde el tordo en el
enramado de sombras
impávido el dulce tintinear
y tú, cuco oscuro
siempre llamando
Reposo nocturno en
bancos de madera rústica lacónicos
los viejos el más joven toca
canciones ucranianas
con el acordeón

Nosotros los niños
vamos guiados por el hada del cuento
Mesita cúbrete
o en la alfombra voladora
hacia el Oriente

Gira el anillo
y nos columpiamos
entre el cielo y el aquí

Israel I

Las colinas corretean
la pelusa verde en las mejillas

El joven bosque
protege
los viejos terruños

Las palmeras se mantienen firmes
en la ráfaga de Sol

Ven nube
paradójica compañera
a calmar
el frenético azul

Una montaña de cactus eres tú
Israel
habitada por duendes
Ellos llevan tus vástagos
a todos los países

Apoyados
en la vara del Cantar de los Cantares
subimos
tus espinas

Ordeñamos
los enjutos años dorados

Plantamos cedros
Esperando el
comienzo

Para que ninguna luz nos ame

Vinieron
con afiladas banderas y pistolas
derribaron todas las estrellas y la Luna
para que no nos quedara ninguna luz
para que ninguna luz nos amara

Entonces enterramos el Sol
Hubo un eclipse solar infinito



La presente selección pertenece al libro: Rose Ausländer: *Hacia la vida. Obra temprana (1939-1969)*. Traducción y prólogo de Geraldine Gutiérrez-Wienken. Alción Editora, Córdoba (Argentina) 2023.